

## ANTONIO PRIETO, UN HUMANISTA *APRÈS LA LETTRE* EN LA PRENSA

Por *Francisco José Montalbán Rodríguez*

### INTRODUCCIÓN

**A**ntonio Prieto es un hombre del Renacimiento que, accidentalmente, nació en el siglo XX y disfruta del siglo XXI, pero su espíritu y su obra, su cultura y su talento son, esencialmente, renacentistas. Y por tanto, le otorga a la palabra un valor más allá del mero texto, le confiere el gran poder de traspasar cronologías y trascender las cadenas de un tiempo que huye. Para ello no ha escatimado medios a través de los cuales expresar esa convicción íntima: fundamentalmente lo ha hecho a través de su novelística, extensa y de profundo calado intelectual; también ha expresado su amor al verbo intemporal por medio de una más escasa producción cuentística. Y, por supuesto, en su dilatada carrera docente, en sus múltiples cursos y conferencias y en sus prestigiosos ensayos de tema filológico o literario, siempre ha tenido presente esa especie de religiosa fe en el valor de la palabra que va más allá de la caducidad de los días.

Otro género utilizado en este permanente empeño al que le vamos a dedicar el presente análisis es al artículo periodístico al que Prieto se ha acercado desde hace años, pero cuya mayor asiduidad se ha producido en las dos últimas décadas (1989-2004), etapa fundamental que nos va a servir para plantear algunas hipótesis sobre el estilo de este autor.

Veamos, para empezar, una formulación sobre la construcción de un artículo partiendo de la coherencia y precisión que un escritor concienzudo, como Antonio Prieto nos ofrece: *“Parece ser, dada la economía de espacio, que es recomendable que en un artículo sólo se desarrolle una idea argumental, sin mezclarla con otras. Esa idea o concepto argumental se irá desarrollando, aclarándose, conforme se construya el artículo. De tal manera que quizás lo aconsejable fuera que una vez*

*escrito y leído, cuando ya se sabe lo que se escribió, es cuando realmente se debería redactar para su publicación”.*<sup>1</sup>

Veremos más adelante que esta regla está hecha, precisamente, para saltársela, porque los artículos de Prieto no son unívocos o monotemáticos como sugiere el postulado, sino poliédricos y ricos de significados varios y perfectamente entrelazados los conceptos, con la complejidad que se verá más adelante de conectar la realidad actual de la noticia reciente con una obra clásica o un autor del Renacimiento sin que al lector le pueda resultar forzada dicha relación.

Como estudio de referencia nos vamos a apoyar, por lo que tiene de luminoso acercamiento y lúcida profundización en el tema, en el estudio de Guadalupe Arbona Abascal, *Los artículos periodísticos de Antonio Prieto (1957-1996)*<sup>2</sup>, incluido en el magnífico compendio de textos del homenaje a nuestro autor que la Universidad de Málaga le rindió con todo merecimiento en 2005, bajo el título de *Antonio Prieto en su Texto Total*.

Como anécdota, parece ser que en su más tierna infancia ya escribió Prieto un artículo sobre el Quijote en la revista del Colegio de la Salle de Almería, pero cuando entra por la puerta grande en la prensa diaria, no lo olvidemos, poco después de haber ganado el Premio Planeta de 1955 con su novela *Tres pisadas de hombre*, es en 1957 publicando en “Pueblo” y en “Arriba”. En “Pueblo” escribió una serie de artículos sobre la crítica literaria de la época; en 1959 escribe otra serie más general donde denuncia ciertas tendencias que no eran las más plausibles desde su concepción cultural en ese momento.

Los artículos aparecidos en el diario “Arriba”, quedan clasificados por Guadalupe Arbona en tres series argumentales que son:

- La palabra o la aspiración a derrocar la muerte
- Lecciones de crítico
- Los espacios de Antonio Prieto

Como vemos, sus inquietudes rondan siempre sobre los mismos asuntos de índole cultural y literaria. Cincuenta años después volveremos a comprobar que no ha variado el eje principal de sus preocupaciones intelectuales, aunque se hayan complicado en ciertos aspectos teóricos o formales.

Caso aparte lo componen las *Cartas a Cintia* que se publicaron en el diario “Ya”: tres en 1974, una en 1989 y otra en 1991, como un delicado ejercicio de

---

<sup>1</sup> “La Razón”, Otras razones, *El artículo haciéndose a sí mismo*, 14 mayo 2003.

<sup>2</sup> *Antonio Prieto en su Texto Total*, Gaspar Garrote Bernal (Coord), Universidad de Málaga, Málaga 2005, Vol. II, Cap. XX, Págs. 801-856.

malabarismo entre la realidad de un tiempo actual y el tiempo creado por el escritor para establecer una muy especial correspondencia con Cintia, una amada en la lejanía del tiempo y del espacio.

Hay, asimismo, numerosas intervenciones en los más diversos medios de prensa periódica (diaria, semanal o mensual) pero sin un ánimo de continuidad sino como colaboraciones puntuales provocadas por un tema concreto, como por ejemplo, los artículos aparecidos en “ABC”, “Tiempo”, “Hoja del Lunes”, “El Mundo”, “Diario de Córdoba”, “Diario de Cádiz” o “Leer”, entre otros, de los que no nos vamos a ocupar por su ausencia de unidad.

Así pues, los dos grandes bloques de colaboraciones en prensa diaria que nos interesan son los publicados por “Diario 16” y “La Razón”. Aunque todos los estudiosos, entre ellos Guadalupe Arbona, toman como punto de partida de la colaboración de Prieto con “Diario 16” el artículo *La vencida nostalgia* aparecido el 7 de Julio de 1989, y ciertamente es el primero publicado de una larga serie, no queremos dejar pasar esta ocasión para marcar como inicio real de la colaboración de nuestro autor con este diario el artículo *Jaque a la melancolía*<sup>3</sup>, publicado el 5 de Noviembre de 1987. Y apostamos por este artículo como el primero porque al final del mismo aparece una brevísima nota sobre la identidad del autor, prueba de que antes no había aparecido en esas páginas y se inserta a modo de presentación del escritor. Hay un segundo artículo de 23 de Diciembre de 1987, *Por el tiempo del ajedrez* y un tercero, de 18 de Enero de 1988, titulado *De historia democrática*<sup>4</sup>. Pensamos que estas colaboraciones fueron mensuales, algo esporádicas, pero que ya anunciaban un compromiso de colaboración y con el tiempo se convertirían en semanales desde Julio de 1989<sup>5</sup>. En cuanto a sus artículos en “La Razón”, se desarrollan casi ininterrumpidamente entre noviembre de 1998 y marzo de 2004, destacándose algunos rasgos diferenciadores entre ambas series de artículos, como el tono y los temas, aunque no el espíritu ni en la forma, como se verá más adelante.

---

<sup>3</sup> Descartamos de este supuesto el artículo “*Ejecutivo agresivo*”, aparecido el 4 de Diciembre de 1980 en “Diario 16”, que realmente sería el primer artículo publicado por Prieto en este diario, por estar aislado y no formar parte de ninguna serie. Un segundo artículo suelto el 2 de abril de 1981, *Los “blue jeans” de Dulcinea*, será el último hasta 1987.

<sup>4</sup> Estos artículos sí están recogidos por Guadalupe Arbona en su completísima bibliografía de la obra de Prieto: *La vida como libro. Bibliografía genérico-cronológica (1955-2004) y anotada de Antonio Prieto*, en *Antonio Prieto en su Texto Total*, Vol. I, Págs.31-60, Universidad de Málaga, Málaga, 2005.

<sup>5</sup> Las colaboraciones continuadas de Prieto en “Diario 16” se dividen en dos épocas: a) Edición nacional entre el 7 de julio de 1989 y el 29 de agosto de 1990, y b) Edición regional en Andalucía entre el 5 de julio de 1992 y el 14 de abril de 1996. Hay, por tanto, un período comprendido entre el 29 de agosto de 1990 y el 5 de julio de 1992, en el que no hay colaboraciones semanales.

Nos interesan estos dos grandes bloques de artículos porque, aun siendo diferentes en su concepción, suponen una continuidad en la voluntad de Prieto de asomarse a la ventana de los lectores de prensa diaria una vez por semana y proponerles su personalísima visión de la actualidad. Y además, durante quince años, podremos ir viendo cómo evoluciona la sociedad española desde la perspectiva de un auténtico intelectual. También nos interesa ver las posibles conexiones entre las colaboraciones en prensa y la creación de novelas aparecidas paralelamente a las mismas. Amén de esto, intentaremos adentrarnos en algunos aspectos específicos que la crítica especializada no ha abordado o lo ha hecho de un modo más superficial.

## TÍTULOS

Un aspecto formal que nos llama la atención en todos los artículos analizados es el referido a los títulos de los mismos en donde hallamos una serie de coincidencias o lugares comunes que tendrán una cierta relevancia a la hora de comprender globalmente el tono de los mismos.

Por un lado contabilizamos dieciséis columnas que se encabezan con un clásico latino: la preposición latina *de*, esto es, nos adelanta *sobre* lo que va a versar el contenido de las mismas:

En “Diario 16”: *De la actualidad, De tertulia, De amore, De senectute, De jazz con Sarah Vaughan, De mi vuelo y las brujas, De cocina y recuerdos, De manifestaciones y ministros.*

En “La Razón”: *De originalidad e imitación, De una publicación frustrada, De una semana pasada, De guerra de sexos, De plagio e imitación, De un perenne diálogo, Del diálogo epistolar, De un epistolar inédito.*

Siguiendo este rastro entre los títulos que nos evocan el pasado latino, avanzamos más y la totalidad de los mismos son expresiones originales en la lengua imperial:

En “Diario 16”: *De amore, De senectute, Arte perenna amor, Eritis sicut dii, Panem et circenses, Quo usque tandem abutere...?, Quo vadis?*

En “La Razón”: *Quid pro quo?, Urbanitas -atis, Doctus et facetus.*

Abundando en el estilo clásico de abrir los discursos con una cuestión, se repiten algunos casos en que el título del artículo es una pregunta:

“Diario 16”: *¿Volverán las oscuras amazonas?, ¿Do vas, Política?, Quo usque tandem abutere...?, Quo vadis?*

“La Razón”: *¿Cuánto vive un libro?, ¿Quién ganará la guerra?, ¿El mono des-*

*cenderá del hombre?, ¿De qué hablan los jurados?, Andalucía ¿dos?, ¿Posdemocracia?, ¿De qué hablaremos?, ¿Do la Historia?.*

Otra constante que se repite con alguna frecuencia es la del sintagma compuesto por un adjetivo seguido un sustantivo, a modo de poético preámbulo del concepto sobre el que se va a escribir a continuación.

“Diario 16”: *La vencida nostalgia, El bucólico acid house, La culta convivencia, La difícil lucha, El compatible político, El olvidado Alejandro, El perdido Orfeo.*

“La Razón”: *La perdida curiosidad, El lejano y hodierno amor, El inexistente futuro, El buscado silencio, La tentadora belleza, De un perenne diálogo, Perdida Bagdad, El incierto regreso.*

También es indicativo de la importancia que determinadas creaciones van a tener en el corpus de estas columnas, la diferencia cuantitativa que nos expone la aparición en los títulos de los personajes ficticios en los que Prieto se apoyará para dar mayor entidad corpórea a sus reflexiones. Hablamos de Rufina en “Diario 16” y Melanio en “La Razón”. Veamos en un breve recuento la diferencia:

“Diario 16”: *Dónde nace Rufina, Rufina Bassinger, El voto de Rufina, Donde dice Rufina y Mi temporal Rufina.*

“La Razón”: *Melanio y la democracia, La noche aristotélica de Melanio, Con Leopardi por Melanio, En la preocupación de Melanio, El desaliento de Melanio, El tiempo, el mar y Melanio, De nuevo con Melanio, Los ojos tristes de Melanio, Melanio está triste, Melanio y el viejo olivo, La compañía de Melanio, Melanio en la memoria y Melanio en Atenas.*

Esta simple aproximación cuantitativa a la aparición de los dos personajes dice bastante de la importancia relativa de cada uno. Rufina, como veremos, es una criatura de ficción que está al servicio del tono desenfadado, y a menudo irónico, de las colaboraciones de Prieto en “Diario 16”. Bien al contrario, y lo justifica bien la abundancia de títulos en cuyo enunciado aparece, Melanio es un personaje que nace para servir de *alter ego* del autor venido desde la lejanía de la Grecia clásica para servir de contrapunto culto a la realidad diaria que aparecerá en los artículos como espoleta necesaria para un enfoque más intelectual de la actualidad. Más adelante comprobaremos el inicio cronológico de este personaje y su diversa andadura por la novelística del autor. Sobre la identidad onomástica de Melanio con Prieto nos parece acertada y bien traída la explicación que sobre el particular nos ofrece Jesús Ponce Cárdenas en su acertado estudio sobre la colaboración del profesor con el periódico “La Razón”:

*“En griego clásico Melanio no es sino “el de piel oscura”, “el negro “; del mismo modo, cualquier iberista conocedor del valor juguetón de las palabras sabe*

que el calificativo prieto en castellano medieval se aplicaba a todo aquello que poseía una tonalidad oscura y que hoy en día el adjetivo preto en portugués sigue designando el color negro”.<sup>6</sup>

Lógicamente estamos ante un guiño del autor que funciona como aglutinador de dos personalidades, de dos cronologías, de dos nacionalidades distintas, pero de una sola persona, de un mismo espíritu que luchará, bicéfalo, contra la tiranía del tiempo en desigual batalla en pos de anular la dictadura de los siglos mediante el valor de la palabra contra el olvido.

Hay otro recurso técnico que nos ha llamado poderosamente la atención a la hora de analizar las características de los títulos de estos casi quinientos artículos, y no es otro que el de atrapar la atención del público con una llamada impactante, con una frase o un nombre que retenga la mirada de un lector distraído por ser repetición o remedo hábilmente modificado de una frase célebre, un dicho popular, de un título famoso o de un lema institucional. En este apartado, los ejemplos aparecidos en “Diario 16” superan con creces a los de “La Razón”, lo que nos sugiere que el desenfado de esta primera serie es mayor que el de la segunda ya que se pueden tomar como guiños de complicidad con el receptor que se permite el emisor:

“Diario 16”: *¿Volverán las oscuras amazonas?, Adiós, literatura, adiós, El día que me quieras, tango, Camerún y cierra España, ¡ Ay, mi moza, ay, mi Sevilla !, La evolución de la especie, Carta sin destino, Danubio, río divino, Hacienda no somos todos, El paro que nos habita, ¡ Ave, fútbol !, La ciudad desencantada, Los muertos que vos matáis, El chocolate del loro, El tiempo pasará, Honor al vencido, El cuarto poder y Con la música a otra parte.*

“La Razón”: *Volver a empezar, Á la recherche du temps perdu, En el nombre de España, La lluvia del tiempo, Cuéntame y Ayer se fue...*

Una vez que hemos rastreado algunas pistas sobre los encabezados de los artículos, nos acercaremos mínimamente a un ligero análisis estadístico sobre la aparición reiterada de diversos temas a lo largo de sus dos colaboraciones semanales en prensa. Hemos englobado, para simplificar los resultados, algunas variantes que pueden tener alguna relación con el ámbito que recoge el enunciado, esto es, por ejemplo: en *Amor*, se incluyen tanto los artículos que tratan de este asunto en la actualidad, como en la antigüedad, como lo referido al sexo y sus adyacentes; en *Palabra* aparecen recogidos tanto aquellas columnas que hablan del valor de la palabra para salvarnos del olvido que impone el tiempo como de los abusos y la

---

<sup>6</sup> Ponce Cárdenas, Jesús, *Con las doctas razones de Melanio: Notas sobre la prosa periodística reciente de Antonio Prieto*, en *Antonio Prieto en su Texto Total*, Gaspar Garrote Bernal (Coord), Universidad de Málaga, Málaga 2005, Vol. II, cap. XXI, Pág. 858.

ignorancia de la propia lengua de la sociedad actual. Así hemos podido reducir la variedad de temáticas concretas en un grupo de dieciséis campos temáticos que nos pueden facilitar el acceso a determinadas conclusiones.

De este modo en el cuadro adjunto se detallan las veces que aparece un concepto en “Diario 16” o en “La Razón” y una columna con el total resultante.

#### ESTADÍSTICA SOBRE APARICIÓN DE TEMAS

CAMPO TEMÁTICO	DIARIO 16	LA RAZÓN	TOTAL
MITO	37	29	66
PALABRA	14	12	26
MAR	3	8	11
SEPTIEMBRE	4	4	8
POLÍTICA	35	14	49
LIBROS	3	28	31
FÚTBOL	28	15	43
UNIVERSIDAD	29	13	42
ESCRITOR	18	23	41
HOMENAJES	18	13	31
AUTOBIOGRAFÍA	20	14	34
IGNORANCIA	19	29	48
AMOR Y SEXO	25	17	42
TIEMPO	5	20	25
ACTUALIDAD	73	42	115
HUMANISMO	79	137	216

A simple vista se comprenderá el porqué del título de este estudio, porque cuantitativamente el número de artículos que de una manera central o de un modo más tangencial tienen relación directa con el mundo clásico, con el Renacimiento, con las autoridades que escriben de aquellas riquezas y con el amor por la cultura que permanece a través de los siglos sin perder un ápice de su belleza y de su relevancia, es de 216, prácticamente la mitad de los estudiados. Es por ello por lo que hablamos de Antonio Prieto como un humanista en la prensa diaria. De momento, los números, que en algo pueden ayudar a evaluar los datos extraídos de la lectura, dicen a las claras que hay un predominio del carácter humanístico en el germen temático de estas colaboraciones. A continuación lo más destacable es la representación numérica de las columnas dedicadas a los temas de actualidad, como era de esperar en un diario, pero siempre habrá en ellas un guiño al clasicismo. Llama la

atención que la tercera opción con mayor número de apariciones es la referida al mito y todo su campo semántico, un asunto tan del gusto de Prieto. El resto de temas se reparten de un modo más o menos homogéneo y significan una atención más moderada que los tres señalados arriba.

¿Puede un lector de prensa diaria que no haya leído las novelas ni los ensayos de Antonio Prieto conocer su personalidad con la simple lectura de sus columnas semanales? Podemos asegurar que sí. Seguiremos un orden más o menos cronológico en los retazos autobiográficos que el escritor va dejando caer, casi sin darse cuenta, a lo largo de estas colaboraciones periodísticas con el que componer una especie de *Imago Vitae*.

Respecto a la muerte de su madre nos dice: “*Este artículo es el primero que escribo tras la reciente muerte de mi madre, cuyos ojos ya no recorrerán físicamente estas líneas...Permitidme que esta vez, con los ojos de mi madre cerrados por mí, yo siga creyendo en la mirada interior que acerca la vida*”.<sup>7</sup>

Otro recuerdo se refiere a los viajes de su infancia: “*De pequeño, por circunstancias que no hacen al caso, me tocó viajar muchísimo. Viajes largos, en trenes que sembraban la carbonilla en nuestros rostros, y viajes lentos, cercanos, a lomos de una burra y entre aguaderas*”.<sup>8</sup>

Y la viva presencia del recuerdo del mar de la infancia: “*De chiquillos nos bañábamos desnudos en el puerto, con un cinturón que nos parecía disimular algo, y la ropa al cuidado de un compañero que, enfermo de los oídos, no podía pegarse un baño. Nos divertía esquivar la vigilancia de los carabineros ocultándonos entre las barcas. Después, en casa, nuestras madres nos lamían la piel con el objeto de averiguar si sabíamos a sal y las habíamos engañado. Gozábamos con la naturaleza el presente*”.<sup>9</sup>

Esa infancia está indisolublemente unida a la figura paternal del abuelo Ubaldo: “*Porque cuando era niño, allá en el parque almeriense, mi abuelo Ubaldo me ofrecía de vez en cuando esas pastillas negras, de forma romboide, que me sabían igual que las barritas negras de regaliz con las que nos premiaban en el colegio cuando éramos aplicados*”.<sup>10</sup>

Y precisamente el abuelo Ubaldo y su casa en un pueblecito marinero, Balerma, pueden estar en el germen de ese acendrado amor de Prieto por los libros y la literatura, puesto que en la urdimbre de la infancia se tejen los hilos del tapiz de la vida: “*Mi abuelo Ubaldo, y perdón por señalar, gozaba en su casa de Balerma en la costa alme-*

<sup>7</sup> “Diario 16 Andalucía”, La trastienda, *La distancia*, 23 abril 1995.

<sup>8</sup> Ibid., *He perdido viajar*, 18 julio 1993.

<sup>9</sup> “La Razón”, Otras razones, *Lo que queda*, 8 marzo 2000.

<sup>10</sup> Ibid., *Las cosas perdidas*, 24 mayo 2000.



*riense, de una cuidada biblioteca. Especialmente con novelas de Pérez Galdós, Pareda, Alarcón y otros escritores de la época, que tenía dedicadas. La casa de Balerna, con su porche visitado por las olas cuando soplabla el Poniente, fue arriesgando su estructura cuando la construcción del puerto de Adra empujó al mar hacia nuestra costa. Esto, al menos, era lo que decían los del pueblo cuando yo era joven y en los veranos atrapaba libros de la biblioteca para leer”.*<sup>11</sup>

Una vez en Madrid como estudiante de Medicina, se relaciona con algunas de las grandes plumas del país, asistiendo a tertulias con José Hierro, Gabriel Celaya, Gerardo Diego o Claudio Rodríguez<sup>12</sup> y traba buena amistad con otros jóvenes intelectuales del momento como Víctor Márquez Reviriego: *“No importa nada a esta admiración mía que Víctor y yo seamos viejos amigos desde nuestros años universitarios del barrio de Argüelles, cuando comíamos en un restorán que se llamaba El conejo y que, por eso de la ambigüedad, cambió su nombre por El gazapo”.*<sup>13</sup>

Pero ese futuro de médico, aconsejado por la tradición familiar, cambia de golpe por unos estudios de letras que en realidad eran su vocación; el motivo, haber recibido con veinticinco años la cuarta edición del Premio Planeta por su magnífica novela *Tres pisadas de hombre* en 1955: *“Recordé entonces que en una ocasión de mi juventud en la que obtuve un premio literario, el periódico local almeriense sacó en sus páginas mi fotografía y unos amplios comentarios. Aún tengo presente que aquel salir mío en los papeles fue para Amalica la de el Ramal Temprano, un certificado de existencia y que, sin saber leer, estuvo enseñándole el periódico a todas las vecinas”.*<sup>14</sup>

Pasarían las décadas y Prieto sería uno de los hombres fuertes de la editorial y, por supuesto, jurado perenne hasta hace unos pocos años. En este artículo juega con los diferentes tiempos existentes entre emisor y receptor y de paso protesta sutilmente contra la fama de los últimos años de que el ganador del Premio Planeta se conocía semanas antes de anunciar el fallo del jurado: *“Para mí, que escribo ahora esta líneas en una madrileña tarde del miércoles 13, próximo a tomar el avión a Barcelona, ese nombre del ganador del Planeta no ha sonado. Mi posible ventaja, como viejo miembro del jurado del Premio Planeta, ya ven que no existe por culpa del tiempo...El tiempo me gritó airado que ese premio lo obtuve hace muchísimos años, cuando su dotación eran cien mil miserables pesetas”.*<sup>15</sup>

<sup>11</sup> Ibid., *La andadura de los libros*, 21 noviembre 2001.

<sup>12</sup> “Diario 16 Andalucía”, La trastienda, *Gerardo Diego, clásico*, 4 febrero 1996.

<sup>13</sup> “Diario 16 Andalucía”, La trastienda, *De nuevo con Márquez Reviriego*, 14 abril 1996.

<sup>14</sup> “La Razón”, Otras razones, *La verdad de lo escrito*, 28 junio 2000.

<sup>15</sup> “Diario 16 Andalucía”, La trastienda, *El tiempo de recepción*, 17 octubre 1993.

Respecto a su actividad académica podemos recoger numerosos detalles repartidos entre sus artículos, pero sólo vamos a resaltar un recuerdo de las duras oposiciones a cátedra de universidad: “*Era ciertamente un ejercicio que nos orientaba e ilustraba a quienes nos asomábamos a ese sueño de la cátedra. Recuerdo bien aquel año, en el viejo caserón de San Bernardo, en el que unos jóvenes asistíamos a las oposiciones de Literatura española para la cátedra de Barcelona, a la que optaba José Manuel Blecua*”.<sup>16</sup>

Hay un momento en que Prieto, recordando andanzas juveniles con su amigo el poeta Claudio Rodríguez a la hora de su muerte, habla de las diferencias universitarias de ayer y de hoy: “*Hace un par de años me lo encontré por última vez en el vestíbulo de una Facultad que se ha vertebrado en muchas especialidades que ya no concurren como en la vieja Facultad de Filosofía y Letras. Él iba, algo torpe en el andar, a dar una lección y yo a decir de los perdidos humanistas. Nos abrazamos como algo que no desata la distancia del tiempo*”.<sup>17</sup>

En otro artículo rememora su retorno a la Complutense de Madrid en los convulsos momentos que siguieron al mayo del 68 francés: “*Poco antes, yo había regresado a la universidad Complutense después de cumplir mi tiempo docente en la universidad italiana de Pisa en donde había conocido el movimiento poético de los novissimi y más especialmente a mi amigo Melanio, inquieto corredor por la avenida de los siglos desde su nacimiento en la democracia griega de Solón*”.<sup>18</sup>

Ese tiempo italiano dejó honda huella en la forma de contemplar la literatura en nuestro autor, ya que su estancia en Pisa ha aparecido en diversas novelas, como por ejemplo, *La enfermedad del amor*<sup>19</sup>, de 1993, donde un profesor universitario en la ciudad toscana intenta desentrañar un extraño asesinato, o en la recién publicada, *Oficio de personaje*<sup>20</sup>, de 2013, en la que la misma ciudad en sí, sirve como un destino impuesto que va a definir la trayectoria de la esencia de un anónimo individuo hasta convertirse en personaje de ficción. Este renovado recuerdo de su paso por la universidad italiana también es recogido, cómo no, en sus columnas semanales: “*Fue lógica mi alegría, pues en Pisa, como profesor invitado, inicié mi vida docente universitaria. Vertiginosamente me llené de recuerdos pisanos, más o menos académicos, que dejé latir en el silencio con sus nombres propios, como*

<sup>16</sup> “La Razón”, Otras razones, José Manuel Blecua, 19 marzo 2003.

<sup>17</sup> “La Razón”, Otras razones, Con Claudio Rodríguez, 28 julio 1999.

<sup>18</sup> Ibid., Con Luis Alberto de Cuenca, 24 marzo 1999.

<sup>19</sup> Antonio Prieto, *La enfermedad del amor*, Barcelona, Seix Barral, 1993.

<sup>20</sup> Antonio Prieto, *Oficio de personaje*, Sevilla, Renacimiento, 2013.

*una exclusiva de la intimidad. Y acudimos a la actualidad, de la que también quería saber”*<sup>21</sup>

Fue a partir de esos años cuando el Prieto profesor se iría construyendo como autoridad en el Renacimiento y acumulando su enciclopédico saber humanista, desembocando todo ello en una prestigiosa obra científica y en una variada y magnífica novelística engarzada con todos esos conocimientos. En algún momento algún crítico miope tachó esta producción narrativa de demasiado profesoral; nada más lejos de la verdad, todo el conglomerado de profundos conocimientos filológicos no hará otra cosa que filtrarse hábilmente en el buen decir de un escritor de raza en una mixtura de grandes matices y máxima riqueza. *El embajador*<sup>22</sup> es una de sus grandes novelas, relato donde el protagonista, el diplomático Don Diego Hurtado de Mendoza, dialoga renacentistamente con el autor, un sutil juego que Prieto utilizará en sus columnas de Diario 16: *“Pero estaba equivocado, pues venía don Diego con paso de final despedida, ya que tenía noticia de que las autoridades académicas habían determinado reducir la enseñanza de la literatura a extraña reliquia para raros especialistas. Y entendía así don Diego, al igual que amigos como Garcilaso o Lope de Vega, que si los reducían a fría materia de eruditos los privaban de su vida, de su extensa comunicación con gentes a los que podían enseñar las formas de la vida”*.<sup>23</sup>

Hay un artículo en el que, con vanidad contenida, reconoce que su larga carrera docente ha ido dando maduros frutos en forma de profesores que hoy asombran por sus conocimientos y que sienten un profundo cariño y sincera gratitud por su maestro de letras: *“Leyendo el nombre de los conferenciantes y coloquios he sentido un poco, y ya sé que son desviaciones de la vanidad, que también por entre las palabras de las comunicaciones se iba transmitiendo un poco, y silenciosamente, la oculta celebración de mi despedida. Porque desde el propio Lara Garrido, del que en un lejano prólogo pedí que apuntaran su nombre para el futuro, en esa nómina de profesores hay muchos que un día fueron alumnos míos, realizaron conmigo sus tesis doctorales y hasta me tocó presidir sus oposiciones universitarias. El tiempo huye, pero no todo lo arrastra el olvido. Decíamos en el Renacimiento que un profesor era tal cuando era capaz de transmitir una cultura en la que sus discípulos pudieran superarlo”*.<sup>24</sup>

Superar la sabiduría de Prieto es algo difícil, pero en este andar por la vida transpirando cultura, el profesor se metamorfosea en escritor y, más concretamente,

<sup>21</sup> “La Razón”, Otras razones, *Encuentro en Sevilla*, 20 septiembre 2000.

<sup>22</sup> Antonio Prieto, *El embajador*, Barcelona, Seix Barral, 1988.

<sup>23</sup> “Diario 16”, *Adiós, literatura*, adiós, 6 junio 1990.

<sup>24</sup> “Diario 16 Andalucía”, La trastienda, *Barahona regresa a Archidona*, 3 diciembre 1995.

en novelista y culmina con el don de la ficción todo lo que atesora como profesor. No podemos obviar algunos artículos en los que, tan reacio a los halagos y a los homenajes, no tiene más remedio que autocitarse en el hilo de alguna reflexión nombrando tal o cual obra o incluso nombrando dos novelas propias en un mismo párrafo: “*En un reciente libro mío, de título lopiano, Reliquias de la llama, orillé detenerme en la vocación que podían sugerirme una abundante serie de fotografías y recortes de Prensa que se guardaban en un arcón...Mi tentación de salvarlos con nuevos nombres no pasó de aprovechar algunas de ellas para un texto relativamente ficticio titulado Isla Blanca*”.<sup>25</sup>

Aunque este autocitarse, tan petrarquesco, podemos comprobarlo en unos cuantos de sus artículos no es una práctica habitual, sino algo relativamente extraño conociendo la contención y humildad del autor que tratamos. Por esto mismo, porque siempre ha sido reacio a hablar de su intimidad y ha redirigido a sus escritos cuantas investigaciones biográficas se hayan intentado, nos parece digno de reseñar que en estas salidas al asfalto, estas confesiones personales que se desgranán en sus colaboraciones periodísticas parece que nos indican que el autor haya perdido ese permanente pudor a hablar directamente de sus asuntos, sin utilizar a sus personajes de ficción para explicarse como hombre. Y como muestra de hasta qué punto llega esa desinhibición, traemos a colación unas frases que nos hablan de enfermedades e intervenciones quirúrgicas, causas más que justificadas para interrumpir durante meses su colaboración, por ejemplo, en “La Razón”. Sólo algunas muestras valdrán para avalar esta novedad en la escritura de Prieto:

*“Supongo que no será inoportuno que practique la urbanidad explicando ligeramente mi forzada ausencia de estas columnas durante varios miércoles...El hecho es que el cardiólogo me envió a urgencias de la clínica La Milagrosa y de aquí me ingresaron en la UCI o Unidad de Cuidados Intensivos. Por mi interior deambulaba una importante cantidad de trombo y se decidió oportunamente un cateterismo urgente, con implantación de un Stent. Y al final, privado de fumar y otras cosas, pero especialmente de fumar, parece ser que continuaré vivo otras cuantas temporadas”*.<sup>26</sup>

En 2003 sufre otro achaque que le impide colaborar con “La Razón” durante unos seis meses y expresa su deseo de no interrumpir más esta cita semanal por culpa de su salud maltrecha: “*De modo que llegó oportunamente la intervención quirúrgica, realizándome una colecistectomía, privándome de mi vesícula en porcelana, reparando la fístula del duodeno, y etcétera. Hace de esto ya algún tiempo,*

---

<sup>25</sup> “La Razón”, Otras razones, *Las cosas perdidas*, 24 mayo 2000.

<sup>26</sup> “La Razón”, Otras razones, *Mi síndrome de la UCI*, 20 noviembre 2002.

*pero la presión de la actualidad real o imaginada tenía agarrotado mi pensamiento y su necesidad de expresarse (ser) en el lenguaje. Ahora, tímidamente, regreso a esta columna”.*<sup>27</sup>

Abundando en intimidades, no podemos pasar por alto la pasión de Prieto por los libros antiguos. Es de todos conocido que su biblioteca es la envidia de muchos bibliófilos y que sus joyas las cuida con paternal amor. Por eso nos parece interesante la confesión de quién le inculcó esta afición a las ediciones preciosas y aprovecha para mostrarnos algunos de sus libros más importantes y cómo, en su inmensa generosidad, disfruta compartiendo su contemplación:

*“Pero también, con la palabra docente de Maldonado, aprendíamos el cariño por los libros antiguos, que cumplíamos, manejando textos en la sección de raros de la Biblioteca Nacional, visitando la Cuesta Moyano, y despertándonos a una afición bibliófila en la que, andando el tiempo, yo gozaría adquiriendo a través del Puvill de la barcelonesa calle de la Paja la edición aldina de Petrarca, 1501, o por la amistad con Luis Bardón la edición, 1574, de Garcilaso, anotado por el Brocense o gracias a G. Blázquez, la edición de Sevilla, 1520, de Juan de Mena, comentado por Hernán Núñez. Libros y libros que después he llevado a clase para que mis alumnos sintieran el tacto del tiempo pasado”.*<sup>28</sup>

Hasta aquí algunos de los retazos autobiográficos que hemos podido rastrear a través de quince años de columnas semanales. Nos han de servir para analizar cómo algunos personajes de su narrativa están hechos de los átomos de Prieto, y respiran su mismo aire y miran por sus pupilas curiosas. Pero, claro está, un autor creativo como él se habrá de servir de criaturas de ficción para expresarse en plenitud y ofrecernos, en algún momento, sus propuestas atrevidas para salvarse del olvido que siembra una cronología obstinada en la realidad tangible. Si seguimos un orden podemos encontrarnos que en “Diario 16” se da una doble creación como contrapunto del escritor: por un lado, está la continua presencia del diplomático don Diego Hurtado de Mendoza y, por otro, su complemento femenino, Rufina quien será diana de sabrosas anécdotas y reflexiones sobre el género.

La presentación de Rufina está cargada de humor y de gracejo: *“Sin embargo, allí estaba un testimonio epistolar, la escritura de mi Rufina pidiéndome que le trajese de Murcia empanadillas y pastelillos de carne junto a las ansias de abrazarla, lo cual resultaba una mezcla que rompía el esquema poético que tenía yo de mí. Sin duda, aquella Rufina, que sería fornida zagala, pertenecía a otro pasado*

---

<sup>27</sup> Ibid., *El incierto regreso*, 21 enero 2004.

<sup>28</sup> Ibid., *El pasado de un libro*, 6 junio 2001.

*ajeno a mí, aunque inexplicablemente estaba entre mi abundante epistolario, cuya pignoración trato ahora con una Universidad americana*".<sup>29</sup>

No menos irónica resulta la comparación de esta desconocida novia de juventud con una atractiva estrella de Hollywood, Kim Bassinger: "*En esta hermosa disyuntiva celaba mi íntimo pensamiento cuando en un espacio inexistente se me apareció Rufina, aquella que epistolariamente me pedía pastelillos de carne y michirones. Tras extrañarse de que aún viviera, dado el tiempo transcurrido, con igual gracia me dijo que se alegraba de encontrarme, si bien mi deteriorado aspecto le decía que no estaba yo para excesivos encuentros*".<sup>30</sup>

En otro momento y siguiendo con el tono humorístico, después de hablar de la novela pastoril aparece la figura de Rufina: "*En este idilio primaveral de locus amoenus estaba cuando, ¡ qué puñetas !, me llegó mi Rufina Bassinger, recién salida de sus baños en el Sena con un político y totalmente trastocada tras nueve semanas y media de intensa cohabitación ciudadana. Desechaba ya engullir michirones, me preguntaba gangosamente Cela te fait plaisir?, y me hablaba del Espíritu de las leyes, de Montesquieu, o me refería junto al Solón poeta, cómo Pisistrato se sirvió para sus logros políticos de la belleza de una mujer encontrada en el burgo de Peania*".<sup>31</sup>

Resulta curioso el mecanismo del autor de repetir ciertos datos de su primer retrato para facilitar la identificación del lector sobre un determinado personaje que aparece y desaparece, como el Guadiana:

*" Y me alegré muchísimo porque deseaba escribirles de Rufina, de mi ardorosa Rufina Bassinger. De esta Rufina que, por tierras levantinas, me pedía comer michirones y pastelillos de carne, ya escribí varios artículos. Incluso conté cómo una vez la invité a Mescalito para movernos con la música country-rock y ella me envió previamente a uno de esos talleres de caricias que pululan por nuestra geografía y nos enseñan el erotismo del lóbulo de la oreja o la importancia de chupar un dedo o morder un labio*".<sup>32</sup>

No se reprime Prieto de jugar humorísticamente con la ciertas referencias poéticas (Quevedo y García Lorca) y con su sensual personaje: "*Mi Rufina, leyendo también mal a Quevedo, entendía que el amor es una mula desbocada, y jamás asoció bien lo del polvo enamorado del mismo Quevedo. Pero, indudablemente, es una rica hembra leída que quiso llevarme al río sabiendo que no era mocica*".<sup>33</sup>

<sup>29</sup> "Diario 16", *Dónde nace Rufina*, 14 febrero 1990.

<sup>30</sup> *Ibid.*, *Rufina Bassinger*, 7 marzo 1990.

<sup>31</sup> *Ibid.*, *Siesta de abril*, 28 marzo 1990.

<sup>32</sup> "Diario 16 Andalucía", La trastienda, *El voto de Rufina*, 13 junio 1993.

<sup>33</sup> *Ibid.*, *Donde dice Rufina*, 26 junio 1994.

Por tanto, estamos en la certeza de que Prieto ha buscado y creado con Rufina un personaje con el que dar rienda libre para todos sus juegos dialécticos con el sexo contrario, los amoríos, la seducción, la carnalidad y un contrapunto cargado de humor que contrarreste el fondo serio o de crítica que pueda tener el núcleo del artículo. Bien al contrario es el rol que se le asigna en estos trabajos de urgencia a don Diego Hurtado de Mendoza. No podemos olvidar que la publicación de *El embajador* data de 1988, tan solo un año antes del comienzo de las colaboraciones con “Diario 16”. Es, por tanto, una criatura recién nacida, y como tal, está aún en pañales pero recibe todas las atenciones de su progenitor; no es extraño que lo saque a pasear, a que le dé el aire y le haga saber de las calles ruidosas, del barro de la política y de las modas de seducciones de vanguardia. Como curiosidad estadística señalaremos que el diplomático granadino es actualizado por Prieto en veinticinco columnas (de las cuales 14 se concentran en siete meses del año 1990) de “Diario 16” mientras que en “La Razón” no llegan a media docena sus apariciones.

La primera vez que aparece don Diego, el autor nos dice será que su interlocutor habitual, con lo que esto tiene de ruptura temporal en un artículo que no suele exigir grandes atenciones a la retórica por parte del lector; a partir de aquí el granadino será la voz humanista de Prieto expresada en medio de una noticia, a menudo intrascendente, que elevará sus miras hacia el mundo clásico y sus saberes: “*Todo ello me lleva a mis largas conversaciones con don Diego Hurtado de Mendoza, cuando éste era, en muy felices días, embajador en Venecia, donde trabé conocimiento con la doctrina órfica que Olimpiodoro gustó llamar metemosis o cambio de cuerpo*”.<sup>34</sup>

También en la vejez Prieto se muestra amigo y conversador con el diplomático:

“*Recuerdo muy bien cuando mi amigo don Diego Hurtado de Mendoza se asentó en Madrid, perdidas ya su Embajada de Roma y otras muchas ilusiones. Evocando el camino que se endereza a Burgos, me explicaba Mendoza lo maravilloso que era sentir el calor renacido de la primavera cuando el invierno parece dominar*”.<sup>35</sup>

Hablando sobre las edades del hombre nos dice lo siguiente: “*De un modo u otro, quizá no tengamos nunca edad propia si no hemos sabido sumar un poco las edades que aparentemente fueron. Por lo que en próxima jornada haré mi camino de Burgos con Hurtado de Mendoza, que buena y sentida biblioteca tenía*”.<sup>36</sup>

---

<sup>34</sup> “Diario 16”, *Murciélagos rabiosos*, 18 octubre 1989.

<sup>35</sup> *Ibid.*, *Con el amor de Barry*, 24 enero 1990.

<sup>36</sup> *Ibid.*, *Las edades del hombre*, 9 mayo 1990.



El desdoblamiento que se produce en Prieto al encarnarse literariamente en Hurtado de Mendoza desemboca en un ejercicio de juego con el tiempo que nos evoca los diversos planos que se combinan en su novela *El embajador*: “Don Diego se me había contagiado de los tiempos actuales, acelerando las horas para acabarlas, interpretando el mito de Sísifo y olvidado de la riqueza de contemplar y contemplarse, donde el amor crece. Fuese don Diego a esperarme en Madrid y quedé yo en la playa, frente al mar, con una serenidad que podría reprocharme y que tal vez fuera que ya habitaba en mí aquel lejano tiempo en el que las historias eruditas colocaban vivo a don Diego”.<sup>37</sup>

<sup>37</sup> Ibid., *La inquietud del retorno*, 29 agosto 1990.



No se reprime el columnista a la hora de hablarnos de ciertas andanzas libertinas del embajador de Carlos V en la república serenísima: *“No es así de extrañar, por falta de consideración literaria, que nuestras cortegiane españolas tengan poca estimación frente a las colegas ovidianas que circularon Venecia, aunque entre éstas, y bien las probó Mendoza, están registradas algunas españolas. La misma cordobesa que sobresalió en estos menesteres lo fue por su andadura romana. Y es que eran tiempos, como me decía Mendoza, en los que las damas apetecían la gloria de ser immortalizadas por el arte. Que Tiziano o Aretino las fijaran en arte valía más que la accidentalidad remunerada de un encuentro”*.<sup>38</sup>

Para cerrar el apartado de Don Diego Hurtado de Mendoza como espejo del *Vir Doctus et Facetus* que es Prieto, no podemos evitar estas frases en donde el columnista deja caer su censura a la decadencia cultural de la sociedad española: *“Recién llegado Hurtado de Mendoza de su bien administrada embajada en Venecia, me hallaba yo con él en culta y sosegada plática sobre la ropa interior femenina, o por mejor decirlo: sobre la ausencia de tales prendas, pues nuestro diálogo había arrancado del asombro que manifestó un tal John F. Kennedy cuando su mano de comensal abandonó el cubierto y se marchó de investigaciones privadas por la cálida piel de Marilyn Monroe, la cual se hallaba liberada de enojosa protección en aquel punto que le dio la reina Dido a Eneas para que usara con largueza. Discurría Mendoza de la mala imitación, quizá por ausencia de lecturas, en la que íbamos incurriendo los españoles, convirtiéndonos en algo simples”*.<sup>39</sup>

Cambiará de periódico y pasarán unos años, pero Prieto necesitará de nuevo un *alter ego* en el que apoyarse para comentar la, a veces, absurda actualidad de España y del mundo; y abandonará el trato continuo con el embajador veneciano, sin olvidarlo del todo, para incorporar otro personaje interesante y que le dará mucho juego tanto en sus columnas semanales como en algunas de sus últimas novelas. Melanio es la aportación que el escritor hace en su nueva etapa en “La Razón”. Resulta curioso cómo, a petición de algunos lectores, el autor tiene que explicar el porqué de una larga ausencia: *“Me ha conducido a estas líneas la amable carta de una lectora, Soledad X, que me reprocha mi olvido, y más en este tiempo, de Melanio. Se une a ello una carta desde la Universitá de Ferrara, de un poeta y joven filólogo, Jesús Ponce, quien en Italia acrecienta sus saberes y me señala mi ausencia de diálogo con Melanio en esta columna periodística que sigue por Internet. La verdad es que ambas epístolas tienen plena razón. Melanio apareció conmigo en este rincón del periódico el 17 de noviembre de 1998, y no ha envejecido ni un minuto, distintamente a mí”*.<sup>40</sup>

<sup>38</sup> “Diario 16 Andalucía”, La trastienda, *Arte perenna amor*, 4 julio 1993.

<sup>39</sup> “Diario 16”, *Manjar de profesores*, 29 noviembre 1989.

<sup>40</sup> “La Razón”, Otras razones, *De nuevo con Melanio*, 26 diciembre 2001.

En este mismo artículo nos informa de quién es este griego y porqué lo necesita en sus diálogos con la antigüedad y consigo mismo, definiendo con concisión parte de su ideal de hombre: *“Melanio, escapado de la cronología que ata y empequeñece, vivió la democracia de Solón, leyó con Platón y Aristóteles las cuestiones de la República y la educación, y me acompañó para comprender los ojos tristes de Eneas que recogería Virgilio en su gran poema, quizás añorando sus campos y ríos por donde seguía el rumor de la naturaleza y el vuelo constructivo de las abejas...No, no podría desligarme de Melanio porque sería perder la memoria y el ser humano es su memoria”*.<sup>41</sup>

Un aspecto que nos ha llamado la atención de este *alter ego* en varios artículos, señalado incluso en los títulos, es la tristeza de Melanio, motivo que incluso llega a alterar el asunto inicial de la columna: *“No era el desencanto de Melanio el argumento que pensaba llevar por estas líneas, sino otro muy distinto producido en la costa almeriense y que el tiempo, si me llega, curará. Pero uno recuerda el ciceroniano De amicitia y Melanio es tan amigo como un otro yo. Mañana, u otro día, nos levantaremos y caminaremos de nuevo tal vez como internautas”*.<sup>42</sup>

Y nada tan expresivo de melancolías varias y acendrados desalientos como la mirada, un tema tan querido a Prieto en sus creaciones femeninas, porque los ojos expresan las inquietudes del alma sin recurrir a la palabra: *“Miraba los ojos tristes de Melanio. También estaban tristes. Como si al decirme de Eneas y de Virgilio me estuviera indicando que, en verdad, me estaba comunicando que una realidad tecnificada, encadenada al único goce del presente, se conducía negándolo, llamándole extranjero...Me dolían los ojos tristes de Melanio, que recordaban los de Eneas y Virgilio, los de tantos otros, y creo que mis ojos también recogieron la tristeza”*.<sup>43</sup>

Abundando en la tristeza<sup>44</sup> aprovecha el escritor para explicarnos un poco la relación entre él y Melanio y las razones por las que perdura su amistad de siglos: *“Melanio debe llevar hoy en sus ojos el dibujo de su ateniense calle de las Tumbas y sus estelas ficticias. Me repite que la mayoría de las cosas perduran más que los seres que las poseyeron. Por ello él nunca quiso que le regalaran cosas. Ni siquiera una placa o una estatuilla que valorara su largo quehacer. Me dice que se hizo más amigo mío porque ya le regalé un libro. Acaso su lec-*

<sup>41</sup> Ibid., *De nuevo con Melanio*, 26 diciembre 2001.

<sup>42</sup> Ibid., *El desaliento de Melanio*, 22 marzo 2000.

<sup>43</sup> Ibid., *Los ojos tristes de Melanio*, 16 enero 2002.

<sup>44</sup> Interesa leer las líneas dedicadas por Prieto a la *accidiam* (*affinis tristitia*) en su magnífica Introducción a Francesco Petrarca, *Cancionero*, Introducción y notas de Antonio Prieto, Barcelona, Planeta, 1985, Págs. XLVII y XLVIII.

*tura, formándose más en ella, sea lo único que pueda llevarse cuando la muerte lo llame*".<sup>45</sup>

Con estas premisas de prevalencia de la cultura sobre la efímera gloria inmediata, aprovecharemos para ver hasta qué punto le molesta a Prieto la tendencia a la ignorancia y el predominio que los medios de comunicación están imponiendo sobre la inmensa mayoría de la sociedad española. No tendrá escrúpulos en criticar los más diversos sectores incidiendo con certero bisturí en las lacras de cada sector. Muy curioso nos parece uno de sus primeros artículos en "Diario 16" en donde se propone como oxímoron él mismo y acude a una autoridad para denostar la ignorancia: *"Imposibilitado para penetrar en la placentera profundidad de la acid house y, aún más, de calcular qué ideas podían cocerse en la agitación de tan móviles cabezas, di en refugiarme en el recuerdo de la docta ignorancia predicada por Nicolás de Cusa. Comprendo que no es muy lógico traerse a tal discoteca a un filósofo alemán del siglo XV, pero su discurso sobre los grados del conocer y su teoría de que la realidad es contradictoria podían proporcionarme cierta compañía"*.<sup>46</sup>

Y como diana de sus dardos más afilados, el escritor arremete sin contemplaciones contra el mayor foco institucionalizado de estulticia que existe, o sea, la televisión. Son numerosos los ejemplos que encontramos desde los primeros artículos de "Diario 16" hasta los más recientes de "La Razón": *"En mi regreso a la gran urbe madrileña, a la sazón gravemente preocupada por si Michel se operaba o no su pie futbolero, andaba yo cavilando sobre el connubio de acción y contemplación que tan dignos nos hizo en un pasado, cuando me alumbró la noticia de que, a finales del pasado año, estaban ya instalados en España unos dieciséis millones de televisiones, número que supera con creces al de hogares patrios...No pensaba yo, ensimismado a veces en la historia, que estuviese en tal grado de felicidad intelectual nuestra España europea"*.<sup>47</sup>

Abundan los ejemplos en que la ironía cargada de crítica expresa el embrutecimiento de una sociedad que, en su pasividad, anhela saber las vidas de otros para no adentrarse en el análisis de la propia: *"Vencido un atasco en Callao, el taxista manipuló ágilmente su radio, y la victoriosa canción de uno que le proclamaba a una ser panadero que amasaba sus pechos cedió su sonoridad y aumentó sus decibelios para que otra emisora nos hablara del grave problema sentimental de una tal Rociíto, que andaba en divorcio de un ex guardia civil recaudador que no era tan buen padre como quería demostrar yendo a recoger a su hija al colegio"*.<sup>48</sup>

<sup>45</sup> Ibid., *Melanio está triste*, 12 junio 2002.

<sup>46</sup> "Diario 16", *El bucólico «acid house»*, 26 julio 1989.

<sup>47</sup> Ibid., *La conversión*, 20 septiembre 1989.

<sup>48</sup> "La Razón", *Otras razones, De una semana pasada*, 3 noviembre 1999.

En varias ocasiones arremete contra el programa Gran Hermano, por considerarlo ejemplo excelente de la suprema degradación de la cultura audiovisual que ha ido corrompiéndose en los últimos lustros a una velocidad que, como en otro artículo apunta Prieto, acabará por ir reduciendo nuestro cráneo para contener un cerebro cada vez más pequeño y nos dice así: *“En España, la creación de la casa-plató, con sus cámaras controladas por operador, con la iluminación de luz negra, con las cámaras dotadas de infrarrojos o el control de realización equipado con 35 monitores, es una espléndida muestra de eficacia y despliegue técnico. Lo triste, humanamente, es lo que en esa casa se dice, el lamentable juego de nominaciones y el final premio que llegará. Es una pena que el proceso innovadoramente digitalizado sirva para almacenar en un disco duro tan burdo contenido humano”*.<sup>49</sup>

En otro artículo va más allá y sospecha que el hombre pueda invertir el sentido de la evolución del simio al hombre a causa de tanta estupidez mediática: *“El caso es que miro alrededor y observo el efecto depredador de la mente que ejercen medios de tremenda influencia como la televisión. Escucho hablar a personajes de ciertos programas de enorme audiencia y me parece escuchar a los monos de los que el hombre desciende, repitiendo hasta la saciedad sonidos que cada vez se asemejan más a los emitidos por los monos...Con la excepción de unas notables minorías y los indudables avances científicos, cabe la sospecha de que vamos masivamente a una evolución inversa”*.<sup>50</sup>

A menudo podemos captar un fondo de desaliento cultural que abrumba a Prieto ante la extensión de la cultura basura que, unida a los poderes económicos, va anulando día a día el poder crítico del individuo y hundiéndolo en una masa analfabeta y homogénea: *“La anónima ignorancia a la que nutren el No cambié de una tal Tamara, el relanzamiento modificado de Gran Hermano o los enjuagues amorosos de alguien que proclama intimidades. Con el ocaso de las minorías, y la aristocracia que representa, imagino que los sociólogos que estudien nuestra época tendrán que detenerse en fenómenos sociales de enorme amplitud como son el fútbol y el efecto mediático de redes como la televisión o Internet. Estas empresas, regidas por un fuerte capitalismo, han creado una sumisión colectiva cuyo poder fascinador quizá esté superando la fascinación que engendró en su día la ideología comunista”*.<sup>51</sup>

Hace arriba mención a otra fuente de masificaciones idiotizantes como es el fútbol, al que el columnista dedica un cierto número de colaboraciones, pero cuyo sentido podemos definir como doble, ya que por un lado, y siguiendo el hilo de la

---

<sup>49</sup> Ibid., *El buscado silencio*, 14 junio 2000.

<sup>50</sup> Ibid., *¿ El mono descenderá del hombre?*, 27 septiembre 2000.

<sup>51</sup> Ibid., *La fascinación conducida*, 29 noviembre 2000.

cita anterior, es un deporte de masas que aglutina pasiones y evasiones de la realidad, y por otro lado, Prieto se nos confiesa en diversos artículos aficionado y seguidor del Sevilla desde su juventud. Para confirmar la capacidad de anticultura que suministra el deporte rey basta con un par de ejemplos: *“Algunos detractores de la preocupación y festividad futbolera, tan bien representada por el Real Madrid, suelen apelar a aquella sátira de Juvenal (X,75) que denunciaba el deseo y ansiedad de los romanos por el pan y los juegos: ansius optat panem et circenses. Observadores posteriores como Fronto ratifican cómo el pueblo romano estaba fundamentalmente preocupado por la alimentación y los espectáculos”*.<sup>52</sup> O en otro escrito nos habla de que el fútbol formará parte de la historia de España y no sólo como pasión de las masas sino por su implicación socioeconómica y política en el desarrollo de la vida del ciudadano: *“Obviamente, el historiador futuro podrá encontrar las razones económicas que deciden dedicar más espacio al Barcelona que al Español o muchas más al Real Madrid que al Atlético o más a éste que al Rayo Vallecano, y por donde no caminan lejos cuestiones políticas buscadoras del voto. Y se podrá apreciar distinciones autonómicas, donde frente a la unidad vasca que salva la rivalidad entre el Athletic de Bilbao y la Real Sociedad, la diversidad andaluza manifiesta la oposición sureña entre el Málaga y el Sevilla dentro de una comunidad en la que, con la suma de otras capitales andaluzas, da la impresión de realizarse el todos contra Sevilla”*.<sup>53</sup>

Respecto a la filiación sevillista de Prieto hemos contabilizado treinta y dos apariciones inequívocas (de un total de 43 relacionadas con el fútbol) de esta adhesión tanto en “Diario 16”, (que no olvidemos que durante los últimos cuatro años publicó sus colaboraciones sólo en la edición de Andalucía), como en “La Razón”. Nos interesa la primera confesión hecha en “Diario 16”, edición nacional al poco de iniciar estas columnas: *“De vez en cuando hay que confesarse y hacer pública manifestación de aquello que los amigos conocen: Confieso que soy partidario del Sevilla F.C., desde que la razón me llegó, y que incluso pego cromos de los peloteros sevillistas en un particular álbum que guardo celosamente. Mi afición no me ha llevado a ser trompetero, porque soy enemigo de las perforaciones acústicas que dañan el cerebro, pero he mantenido siempre mi fidelidad al Sevilla, que eso de los tránsfugas es propio de las veleidades políticas y no de la reciedumbre futbolística”*.<sup>54</sup>

Y hablando precisamente de veleidades políticas, no se substraen el escritor a la hora de criticar, a veces suavemente y a veces con agria ironía, el submundo ético

<sup>52</sup> “Diario 16 Andalucía”, La trastienda, ...*Panem et circenses*, 16 enero 1994.

<sup>53</sup> “La Razón”, Otras razones, *El fútbol en la historia*, 19 septiembre 2001.

<sup>54</sup> “Diario 16”, *Cantatore*, 2 agosto 1989.

que gira alrededor no de la política, sino de los políticos. Hasta en cuarenta y nueve ocasiones aborda Prieto este asunto en sus dos colaboraciones como columnista entre 1989 y 2004. Apoyándose en la autoridad de Unamuno nos recuerda cómo el sistema democrático mal entendido no soluciona los problemas de la sociedad que cada vez que vota resulta engañada por la casta política: *“En Salamanca, enero de 1904, Miguel de Unamuno escribía un artículo sobre la opinión pública que concluía, dada la penuria cultural de la época, afirmando que pocas mentiras hay en España, de las innumerables que nos envuelven y paralizan, más mentirosa que la mentira de nuestra democracia, entendida como olocracia...El artículo de Unamuno, concluyendo que estábamos en una analfabetocracia, quizá fuera un tanto apasionado y no valoraba el número de votos en blanco y abstenciones que tenían los comicios, que tal vez expresaran la verdad de un defraudamiento o de un rechazo a lo que se ofrecía”*.<sup>55</sup>

Apoyándose una vez más en los sabios aboga por una clase política más preparada y, sobre todo, más humana: *“No creo que la humanidad haya avanzado tanto como para olvidarse de estas definiciones del Alexandre o como para despreñar la orientación senequista, tan ejemplarizada en el Renacimiento, de que el príncipe o el gobernante necesite a su lado un humanista para recordarle que el poder lleva inherente el temor a perderlo y tal temor a la tentación de la tiranía. Pero me temo que a muchos de los ministros que danzan por Europa ni les suenan el Libro de Alexandre ni Séneca y las paradojas continúen con ese sabor a verbena que ahora vive políticamente Italia”*.<sup>56</sup> En diversos artículos se detiene el autor en la corrupción política italiana de la era Berlusconi, pero no se olvida de una época de tan ingrato y próximo recuerdo como la de Roldán y Mariano Rubio, englobada bajo el auspicio del felipismo de los años ochenta del pasado siglo: *“Por ello su desviación sí peligra en oposición a la seguridad de nuestra ñ, aunque uno y otra no dejan de manifestar su carácter de excepcionalidad románica. Porque algo privativo de la diferenciación hispánica es que un director de la Guardia Civil sea buscado por sus tropas debido a su práctica afanadora. Como lo es que el señor Rubio, firmante de los billetes de Banco, esté siendo investigado por sus veleidades financieras”*.<sup>57</sup>

Abundando en la corrupción financiera hay un determinado momento en que Prieto asume una postura ante un asunto del momento (una amnistía fiscal en 1994) y justifica su elección con buenas palabras: *“Entre otras razones, porque en el parentesco entre perdón y amnistía, para que el primero se obtenga en materia económica es necesario,*

<sup>55</sup> “La Razón”, Otras razones, *La minoría y las masas*, 30 junio 1999.

<sup>56</sup> “Diario 16 Andalucía”, La trastienda, *De manifestaciones y ministros*, 7 marzo 1993.

<sup>57</sup> *Ibid.*, *La ñ, Roldán y Rubio*, 8 mayo 1994.

*en buena ética, la restitución de lo robado...El ciudadano de a pie le pide al poder público, al poder legislativo, que no otorgue la amnistía...Tal amnistía podría caer en el agravio comparativo y sería sellar con una venda falsa algo tan proclive a reincidencias como la llamada cultura del pelotazo, donde cultura, como cultivo de las facultades humanas, ha sido entendida en su más baja acepción”.*<sup>58</sup>

Así pues, estamos ante un columnista que asume riesgos en sus opiniones y ataca la actualidad diaria con determinación y rotundidad. Precisamente a esa actualidad, que le es exigible por cuanto el soporte para expresarse es un diario de noticias, dedica Prieto, según nuestro cuadro de estadísticas, ciento quince artículos, esto es, es el segundo campo temático, cuantitativamente, al que dedica su atención, si bien, a veces, sólo sea como punto de partida o excusa para adentrarse en sus reflexiones de tipo cultural. En el segundo artículo aparecido de “Diario 16”, *De la actualidad*, anticipa el escritor cuál es su pretensión como columnista, un objetivo mantenido durante toda su etapa de colaborador en prensa diaria, esto es, servirse de lo urgente y lo fugitivo de una noticia, por insignificante que pueda parecer, para adentrarse en sus saberes históricos y literarios y rescatar una verdad que no caduca y protege al hombre del olvido: “*Da la impresión en demasiados predios de que nuestro tiempo, inconscientemente desfallecido en la repetición de los argumentos, se aferra únicamente a la actualidad, a su hoy cotidiano, porque siente horror de encaramarse a hombros de un gigante y cultivar la forma. Es un temor del tiempo que nos hace ser olvido. Cuando es realmente más hermoso, más vital, la experiencia de amar sabiendo del amor, como experimentaron los Paolo y Francesca de Dante sabiendo la historia de Ginebra y Lancelot. O atravesar los Alpes en un BMW sabiendo que un cartaginés llamado Aníbal lo hizo algo más lentamente*”.<sup>59</sup>

No vamos a contrastar cada asunto tratado con su correspondiente cita, pero sí debemos señalar someramente algunos de los motivos tratados por el escritor impedido por la inmediatez de la noticia aparecida en días previos y que, por tanto, está fresca en la memoria del lector. De este modo, la actualidad comentada por el columnista trata de asuntos como: diversas modas de bailes y músicas (acid house, lambada), numerosos partidos de fútbol con marchamo de partido del siglo o de especial rivalidad regional, algunas modas tecnológicas recién llegadas como el móvil o el libro electrónico, jugosos escándalos sexuales protagonizados por eximios políticos (Marion Barry, Clinton), la prostitución en sus diversas variantes, corruptelas políticas varias (Mario Conde, Mariano Rubio, Roldán), ciertas modas

---

<sup>58</sup> Ibid., *Por supuesto que no*, 18 diciembre 1994.

<sup>59</sup> “Diario 16”, *De la actualidad*, 12 julio 1989.

femeninas en el vestir o en su acicalamiento, el paro y algunas campañas de Hacienda, el 11 de septiembre y sus consecuencias, los amores extraños entre niñas o adolescentes con ancianos, avances en medicina y farmacia que son esperanzas sin consumir, algunas noticias curiosas como las gallinas modificadas genéticamente, los murciélagos rabiosos, los caníbales en las aulas de el Congo, los ladrones de libros, los penes cortados, o un crimen tribal entre gitanos, y además, la sentida despedida a la muerte de algún amigo del escritor o simplemente una semblanza cargada de profunda amistad y admiración<sup>60</sup>.

Todo ello será el punto de partida para una reflexión que al principio puede parecer que carece de conexión con la noticia, pero que al final desemboca en una coherencia en la que se aúnan la actualidad y el peso de la tradición histórica y literaria de nuestros clásicos. Para ello, Prieto se servirá de la palabra en su sentido más hermoso, esto es, la palabra como llave que abre un tiempo sin límites y permanece ajena al olvido. A este respecto nos parece muy acertada la observación de Guadalupe Arbona en su apartado *La palabra salva lo actual*: “*De este abismo insondable de contradicción (actualidad=cronología / palabra = acronismo) resucita con más fuerza el valor de la palabra que penetra como el filo de una espada bisecando el presente con su juicio. La palabra que para Antonio Prieto no está muerta, es portadora de las experiencias precedentes que pueden dar un significado a la más efímera actualidad*”.<sup>61</sup>

Y a nuestro parecer este es el objetivo primordial de las columnas de nuestro escritor, salvar lo caduco y desechable de la actualidad de un diario y aprovechar lo anecdótico de una noticia para salvarse él mismo del tiempo y ofrecer a los lectores esa oportunidad de trascender la realidad inmediata mirando hacia atrás con los ojos del erudito. Entramos, pues, en el sentido último de las colaboraciones de prensa que estamos abordando: desligarnos del barro de un presente a menudo deleznable con la mirada limpia dirigida hacia un pasado pleno de belleza y sabiduría. En un artículo, provocado por el anuncio de una escuela para aprender a ligar o seducir, el autor recuerda lo importante que es saber expresarse, algo que actual-

---

<sup>60</sup> Tales como los dedicados a Rafael Azcona (D16-27-3-1994), Juan Gil Albert (D16 -10-7-1994), Eduardo Zamacois (D16 -20-11-1994), Víctor Márquez Reviriego (D16 - 11-12-1994 y 14-4-1996), Hermano Emilio (D16-25-6-1995), Fernando Lara (D16 - 3-9-1995), Gerardo Diego (D16 - 4-2-1996), Manuel Alvar (LR - 21-4-1999), Claudio Rodríguez (LR - 28-7-1999), Ángel Valbuena Prat (LR -27-10-1999), Martín de Riquer (LR - 8-11-2000), Profesor Maldonado (LR - 6-6-2001), José Antonio Pascual (LR - 20-3-2002), Emilio Lorenzo (LR - 10-7-2002), José Manuel Blecua (LR - 19-3-2003), y Luis Jiménez Martos (LR - 16-7-2003) entre otros.

<sup>61</sup> *Antonio Prieto en su Texto Total*, Gaspar Garrote Bernal (Coord), Universidad de Málaga, Málaga 2005, Vol. II, Guadalupe Arbona Abascal, *Los artículos periodísticos de Antonio Prieto (1957 - 1996)* Cap. XX, Pág. 849.



mente ya carece de valor: *“Uno tiene poca y perdida experiencia de estas cosas, pero cree que todo radica en el olvido de la palabra. Ignoro si en estas hodiernas escuelas de ligar se extenderá luego, tras reconfortante examen, un título o diploma, tal como antaño acaecía en ciertas escuelas madrileñas de baile en las que perdíamos nuestro asilvestrado empuje de pueblo. En parte, allí nos enseñaban el arte de la palabra. Y recuerdo a mi entrañable Hurtado de Mendoza ya en su última estación, hablándome de la capacidad de enamorar de la palabra, enseñándome que no fue Ulises, sino la palabra de Homero, quien venció a los pretendientes de Penélope y quien acercó la intensidad de vivir a los labios de Nausicaa, salvando las edades”*.<sup>62</sup>

Precisamente es la exposición de Las Edades del Hombre, que estuvo en Burgos, la que le da pie a Prieto para darnos otra noción más de cómo la palabra puede salvar las cronologías: *“Recuerdo entonces con el renacentista (Hurtado de Mendoza) que la actualidad no tiene rango de existencia si no tiene la virtud del arte o de ser sensación que se condensa en la palabra para existir nuevas sensaciones... Ahora, en los claustros burgaleses, es la palabra la que testimonia no sólo la edad humana que fue, sino su movimiento por el tiempo para ser hoy y tener nuestra edad”*.<sup>63</sup>

En otro momento, con escritura deliciosa, se contrapone una vez más la actualidad a la intemporalidad que genera la palabra: *“Quizá porque en esta noche aislada en la que escribo sentí tantos ojos perdidos, tanto amor enmudecido, tanta vida gastada, que imaginé la palabra sin tiempo y temí por un mundo asido únicamente a algo tan inexistente como la actualidad”*.<sup>64</sup>

Apoyándose una vez más en los clásicos, como buen humanista, el autor ofrece la identidad entre palabra y pensamiento: *“Puede que sean los años, o un cierto desencanto, tras haber explicado en el invierno el movimiento del amor en el Renacimiento, pero creo que todos los cursos de verano debieran iniciarse con unas lecciones sobre humanismo que recordaran pasajes como el aire de Fiesole que respiraba Poliziano. Se volvería entonces a la palabra, a cuidar la palabra que es pensamiento y vía para no deshabitarnos de nosotros mismos colgándonos de ajenos y preparados mensajes. Si el hombre pierde la palabra, la descuida vaciándola y transgrediéndola, el hombre se ha perdido, al igual que una nación se pierde cuando pierde su lengua que le dio unidad. Y perderá el amor”*.<sup>65</sup>

Va aún más atrás y nos lleva a la Grecia clásica para rastrear de dónde nos viene esa necesidad de que la palabra sea algo más que un mero instrumento de comuni-

---

<sup>62</sup> “Diario 16”, *De senectute*, 7 febrero 1990.

<sup>63</sup> *Ibid.*, *Las edades del hombre*, 9 mayo 1990.

<sup>64</sup> *Ibid.*, *El tiempo de la palabra*, 23 mayo 1990.

<sup>65</sup> “Diario 16 Andalucía”, La trastienda, *Cursos de verano*, 5 julio 1992.

cación entre humanos: “Y recordó con orgullo cómo Isócrates, contemporáneo de Platón, levantó su escuela contra los sofistas, empeñado en explicar la retórica como una cultura intelectual y moral. Porque para Isócrates, hablar adecuadamente era también aprender a pensar bien, a cultivar la opinión y no el grito deshumanizado amparado en la masa. Realizó así en su obra un elogio de la palabra, que retomó el Renacimiento en cuanto que en la palabra es donde se conoce uno, y con la palabra combatió la demagogia y la tiranía e insistió en el valor de la educación que debía cuidar el Areópago”.<sup>66</sup>

En otro artículo, un griego, pero de ficción, Melanio, alumbró al autor sobre ciertas facultades del tiempo que la palabra intenta salvar: “Y aún me predicó, más allá de las medidas, que el tiempo era como una inmensa pradera que pudiera galoparse en todas direcciones, sin ningún cartel cronológico que censurara, y aireada por el suave viento de la seducción del conocimiento”.<sup>67</sup>

Se suceden con cierta regularidad las afirmaciones sobre el tiempo en las que la palabra y la memoria son parte fundamental de la búsqueda de acronía que inunda toda la obra de Prieto. Cualquier excusa es válida para expresar esta convicción suya, tan prolijamente desarrollada en su narrativa: “Fue entonces cuando Melanio, sacudido por segunda vez por el inexistente futuro, se aferró al pasado, que sí existía, y comprendió que el ser humano es esencialmente memoria; una memoria que se recupera y transforma en el presente con la palabra del recuerdo hasta poder vivir el acronismo del tiempo”.<sup>68</sup>

Y de Melanio puede pasar al hermanamiento literario de dos héroes tan dispares, pero tan semejantes a la hora de dilucidar su destino, como Aquiles y el caballero de Olmedo que prefirieron la gloria de una muerte segura y temprana frente a una vejez anónima: “Aquiles, al igual que el caballero de Olmedo y tantos otros, midieron su presente con la infinita extensión de la eternidad en la que unos cuantos años más carecen de valor. Y en ese punto, oyéndome, mi buen Melanio me dijo que cuántos podrían medir ahora ese destino de la gloria cuando tan cotidianamente se nos vende la consumición de la actualidad”.<sup>69</sup>

El autor reivindica en numerosas ocasiones el ejemplo de Aquiles rescatado del olvido por Homero y ascendido a su condición de mito y ejemplifica con un más cercano caso, el de Lope de Vega con su caballero de Olmedo, la necesidad de elegir entre morir con honra y fama o desaparecer en el anonimato del olvido: “Estábamos ya frente al mar, caminando su azul, y Melanio me recordó cómo Aquiles

<sup>66</sup> “La Razón”, Otras razones, *La noche aristotélica de Melanio*, 6 enero 1999.

<sup>67</sup> *Ibid.*, *Por el bulevar del pasado*, 3 marzo 1999.

<sup>68</sup> *Ibid.*, *El inexistente futuro*, 16 febrero 2000.

<sup>69</sup> *Ibid.*, *Medirse con la eternidad*, 16 junio 1999.

*abandonó el consejo materno de vivir un largo tiempo accidental para vivir uno breve y lleno de gloria cuyo valor eternizó Homero que lo metiera en escritura. Análogamente, Melanio me mostró cómo en la gran tragicomedia de Lope de Vega, El caballero de Olmedo, su protagonista don Alonso (que algo tiene de Lope) descarta ir a Medina, a disfrutar una larga vida de actualidad, para arriesgarse en el camino de Olmedo, donde será breve tiempo, pero gloria por la leyenda, como su mismo criado Tello pide al final: que siga muerto viviendo--en las leguas de la fama. Pues el mismo Lope escribió: La muerte para aquel será terrible / con cuya vida acaba su memoria, / no para aquel cuya alabanza y gloria / con la muerte morir es imposible”.*<sup>70</sup>

Tampoco se puede ignorar el papel de la poesía en este arduo trabajo de salvarse del tiempo físico para permanecer en ese limbo intemporal a que aspira el autor recogiendo toda una larga tradición literaria; estas palabras nos dice a propósito de la Égloga III de Garcilaso: “*Aún después de la muerte del poeta, piensa, le dice, mover la voz a ti debida, con cuya palabra hará parar las aguas del olvido. No sólo la amada, sino también el poeta, se librarán de ese tiempo depredador gracias al diálogo entre emisor y receptor que se realiza en el poema. La fe en la palabra poética disolviendo la grave conflictividad entre el tiempo depredador y el instinto natural de conservación del ser humano*”.<sup>71</sup>

Sobre el valor de la memoria, a la que tan renovadamente acude Prieto en pos de una atemporalidad más allá de la fama y la gloria, nos resulta esclarecedora esta reflexión algo nietzscheana sobre el eterno retorno: “*Creo que el hombre es su memoria, con el mito del eterno retorno. Y creo que cuando el ser muere, su memoria, por la que en ocasiones luchó con la palabra contra el olvido, no es algo que se pierda totalmente, sino que va diluyéndose en sus descendientes, en sus amigos, hasta formar parte histórica de la memoria colectiva*”.<sup>72</sup>

Y para cultivar esa memoria, a veces íntima y personal, nos recomienda en un artículo la relectura de grandes obras leídas en la infancia y juventud que nos harán recuperar un tiempo que ya es historia: “*Creo que releer las obras que un día nos mostraron su virginidad comunicativa pertenece a la natural apetencia de retornar o recuperar el tiempo ido. Es algo que está en la propia conducta del escritor, del poeta*”.<sup>73</sup>

A propósito de la importancia de las lecturas, nos encontramos con un artículo en el que el autor cuenta una pesadilla en la que los queridos libros de su excepcional biblioteca aparecen con las páginas en blanco, y tras reconocer la identificación

<sup>70</sup> Ibid., *El tiempo, el mar y Melanio*, 10 mayo 2000.

<sup>71</sup> Ibid., *De un perenne diálogo*, 13 junio 2001.

<sup>72</sup> Ibid., *Cuéntame*, 19 diciembre 2001.

<sup>73</sup> Ibid., *El pasado en la memoria*, 20 febrero 2002.

entre Melanio y él , nos dice: “*Quizás, en el fondo, Melanio y yo fuéramos la misma persona. En algún texto que tenía olvidado alguien escribió que el rostro interior del ser humano era, en buena medida, el reflejo de su cultura, de aquello que leyó y aprehendió. Entonces observé que el rostro de Melanio sonreía y se marchaba, desaparecía del espejo. Comprendí que, simplemente, yo iba perdiendo la facultad de la memoria, de descubrir y compartir el tesoro del pasado escrito que representaba Melanio. Fue cuando una voz, quebrando mi angustia, gritó mi nombre hasta despertarme*”.<sup>74</sup>

Precisamente a recuperar el tiempo pasado y vivificar la memoria de un mundo clásico preñado de saber y belleza es a lo que se dedica un humanista como Antonio Prieto. Rescatar tesoros de la antigüedad y ponerlos de actualidad para conocimiento y disfrute de las generaciones presentes y futuras es una labor ardua e intensa a la que este escritor ha dedicado gran parte de su obra de investigación, de su narrativa y de su labor docente durante décadas. Es por eso por lo que se le tributó un merecido homenaje en Alcañiz en mayo de 2005, agradeciendo su reconocida autoridad en esta recuperación del saber grecolatino: “*Queda claro, pues, lo merecido del homenaje que el Instituto de Estudios Humanísticos ha tributado a Antonio Prieto: lo expuesto demuestra esa brillante y rigurosa forma de investigar de nuestro homenajeado, que todos apreciamos, como ya dije, en sus magníficas ediciones anotadas de clásicos del Renacimiento italiano y de los Siglos de Oro españoles, en sus brillantes monografías sobre la poesía y la prosa del siglo XVI hispano, o en sus atinados estudios sobre los más destacados humanistas italianos. Dudo, en definitiva, que ningún otro investigador, español o extranjero, hubiera podido hacer descubrimientos semejantes a los que acabo de referirme*”.<sup>75</sup>

Para abordar la faceta humanística que podemos encontrarnos en los casi quinientos artículos analizados, vamos a apoyarnos principalmente en tres campos semánticos que, con sus ramificaciones, completarán una mirada global sobre este aspecto: el mito, los libros y la erudición.

Como preámbulo hemos podido leer diversos artículos en los que se acentúa la importancia de:

- a) la palabra como generadora de acronía
- b) el valor del tiempo como agente que polariza cualquier actividad física o intelectual

<sup>74</sup> Ibid., *Despertar a tiempo*, 19 febrero 2003.

<sup>75</sup> José M<sup>a</sup> Maestre Maestre y otros (eds.) *Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico. Homenaje al Profesor Antonio Prieto*, Vol.1, Prólogo, José M<sup>a</sup> Maestre Maestre, Salamanca, Instituto de Estudios Humanísticos--CSIC, 2008, Pág. 16.

c) la memoria en su papel fundamental de conectar el espíritu del autor con lo intemporal y poder expresarlo por medio de sus personajes para que otros le comprendan.

A propósito, en su última novela, *Oficio de personaje*, el protagonista, un personaje gris, perdido en la rutina anónima de su actualidad, un día siente una especie de llamada interior que lo impulsa a apetecer un poco de gloria para su insignificancia humana, y poco a poco va encontrando los mecanismos para pasar a la posteridad por medio del mito: “Y comenzó Protasio a razonar, mitificándose a sí mismo con el cálido movimiento del mar que, posiblemente impulsado por la muerte despreciada de un “varón sin identificar “decidió cobijarse en los latidos de un personaje que lo salvara del olvido cultivado por las personas””.<sup>76</sup>

Tanto Guadalupe Arbona como Jesús Ponce en sus respectivos estudios, ya citados, han puesto de relieve estos tres aspectos que señalamos arriba como substrato necesario sobre el que se va a desarrollar nuestra propuesta acerca del profundo humanismo que se desliza por estas, aparentemente, apresuradas columnas.

## EL MITO

Como señala María Hernández Esteban, experta conocedora del mundo mítico de Antonio Prieto, la fusión mítica que lleva a cabo este autor desde su tercera novela de 1958, *Vuelve atrás, Lázaro*,<sup>77</sup> y a lo largo de toda su obra, se construye sobre los tres pilares que hemos apuntado arriba, esto es, sobre la palabra, el tiempo y la memoria del autor: “El escritor que practica la fusión mítica, explica el crítico, entra de forma singular en la tradición con unos presupuestos donde se ponen en juego: 1) un específico manejo del tiempo; 2) una especial relación entre el autor y sus personajes; 3) una valoración de la palabra muy peculiar, muy excepcional”.<sup>78</sup> Nos vamos a basar a partir de ahora en estas tres premisas para argumentar con pruebas que la necesidad del mito se extiende por todo cuanto sale de la pluma del autor que estudiamos y cómo todo ello surge de una profunda preparación humanística atesorada durante lustros de estudio.

Podremos comprobar cómo estos tres elementos fundamentales se hayan perfec-

---

<sup>76</sup> Op. cit., Pág. 189.

<sup>77</sup> Antonio Prieto, *Vuelve atrás, Lázaro*, Barcelona, Planeta, 1958.

<sup>78</sup> Antonio Prieto en su *Texto Total*, Gaspar Garrote Bernal (Coord), Universidad de Málaga, Málaga 2005, *El mundo mítico en la narrativa de Antonio Prieto*, María Hernández Esteban, Vol. I, Cap. I, Pág. 73.

tamente entrelazados entre sí y aparecerán por doquier en sus columnas, de un modo sencillo y espontáneo, lo que nos indica hasta qué punto esta necesidad de mirar al mito y recrearlo a su manera es un proceso natural que no exige del escritor una instrumentalización técnica sino que es resultado de un sentir íntimo del hombre.

Asimismo, la profesora Hernández Esteban acota temporalmente los mitos traídos por Prieto a la actualidad mediante este recurso humanístico de la fusión mítica en tres grandes grupos: mitos medievales (Morholt, Tirant, Rey Arturo, Amadís, Tristán, Galaor, Gandalín, Hasán Bajá, el Endriago...), mitos renacentistas (Petrarca, Cervantes y Garcilaso) y mitos homéricos (Ulises, Nausicaa, Calipso...).<sup>79</sup>

Respecto a los mitos de época medieval tenemos algunas muestras en artículos como este: “*Era mi última jornada universitaria en este trimestre, y explicaba yo gozosamente aquel hermoso capítulo de Amadís en el que la gracia y comedimiento de Oriana animaron a su amado a galopar por intimidades, cuando me vi entrar en el aula a mi señor don Diego Hurtado de Mendoza. Bien encendido aún por sus noches venecianas, advertí en su mirada que, con mi pobre lección, levantaba sus recuerdos y sentía cómo la voz, la palabra, crecida por la polisemia, podía alcanzar a diversos receptores sin traicionar sentidos. Crecer, digo, hasta renacer y crear una noche nueva y única, cabe el río, cuya última palabra es gracias*”.<sup>80</sup>

O también, en otro caso en el que trae a la actualidad el mito de Amadís: “*Ni siquiera podemos calcular los años que tenía Amadís de Gaula cuando combatió por Constantinopla junto a su padre y su hijo Esplandián, teniendo los tres la misma edad joven. Lo que sí sabemos es que Amadís jamás le hubiera dado el paraguas a su amada Oriana para irse con otro, tal y como se hace en la civilizada canción de José Luis Perales ¿Y cómo es él?*”.<sup>81</sup>

Sobre la ficticia posibilidad de que el emperador Carlos V fuese descendiente del rey Arturo, hay una columna que recoge este ciclo de leyenda intentando conectarlo con la realidad de la monarquía española: “*Ni Melanio ni yo sabemos si Carlos V le contaría estas cosas de su abuelo Maximiliano a la bella emperatriz Isabel de Portugal cuando se decidió por la gloriosa campaña de Túnez, donde Garcilaso lo llamó César Africano, en vez de atacar Argel, como más discretamente aconsejaban la emperatriz y el arzobispo Juan de Tavera. Aunque sospechamos que la hermosa emperatriz pintada por Tiziano algo comenzaría a saber cuando en el junio granadino de 1526 escuchó al emperador llamarle a Francisco I, por*

<sup>79</sup> Ibid., Págs. 100-109.

<sup>80</sup> “Diario 16”, *De jazz con Sarah Vaughan*, 11 abril 1990.

<sup>81</sup> “Diario 16 Andalucía”, La trastienda, *Las celebraciones*, 26 noviembre 1995.

*medio del embajador francés, lâche et méchant (bellaco y ruin) y aún retarle después a la manera de los caballeros artúricos que recogieron Tirant y Amadís*".<sup>82</sup>

En cuanto a los mitos renacentistas, el número de ejemplos es significativamente superior, puesto que en esta época, y como indica su apelativo, se va a intentar renacer todo lo clásico y los mitos serán fundamentales en todas las artes, especialmente en arquitectura, pintura, música y literatura. El ejemplo más claro de fusión mítica que Prieto nos muestra se ciñe a la figura de Petrarca, al ser el poeta toscano uno de los que primeramente llamará desde sus versos a los clásicos para expresarlo en su actualidad poética y que, a su vez, será reclamado míticamente por el novelista Prieto en varias de sus obras, y muy especialmente en *Secretum*<sup>83</sup>. Así se expresa en una columna de "La Razón": "*Porque frente a la supuesta originalidad de las bragas y braguetas literarias de hoy, tan gratas al mercado, no es ocioso evocar al que inició el humanismo románico, Petrarca, para quien era necesario el retorno a los orígenes, a la cultura clásica, para hacer nacer lo nuevo, dentro de lo cual estaría esa práctica personal del versus cum auctoritate del que escribí otro día y que tan seguido fue por nuestros poetas renacentistas, comenzando con Garcilaso, ya señalado por Sánchez de las Brozas*".

Y Prieto es un profundo conocedor de la obra de este poeta fundamental para la evolución de la lírica en los siglos posteriores, tal y como demuestra en su edición anotada del *Cancionero*.<sup>84</sup> En su análisis, y esto nos interesa aquí, el editor resalta el papel del poeta toscano en el inicio de la tradición humanística como la entendemos ahora, esto es, la recuperación de los valores antiguos por medio del estudio y actualización de obras y autores importantes: "*Esta nueva devoción por la humanitas clásica que se da en la vida cultural de Petrarca, aunando disciplina literaria y cuidado del alma, implica toda una inauguración europea que no tarda en manifestarse*".<sup>85</sup> Pero lo que nos interesa en este momento es ver cómo Petrarca es mitificado por Prieto y actualizado por la sincera admiración que éste le profesa en su papel de rescatador de la importancia de los clásicos. No podemos olvidar que, entre otras, *Secretum* (1972), es una novela de Prieto pero también es una obra de Petrarca, escrita durante largos años en la que hace una introspección espiritual a la búsqueda de una mayor pureza como hombre. En la novela de Prieto, Petrarca se encarna como personaje, con sus dudas y sus conflictos íntimos, ejerciendo de eficaz contrapunto al protagonista (Acusado) que también se consume en su lucha por

---

<sup>82</sup> "La Razón", Otras razones, *La ascendencia artúrica de Carlos V*, 24 febrero 1999.

<sup>83</sup> Antonio Prieto, *Secretum*, Madrid, Emesa, 1972.

<sup>84</sup> Francesco Petrarca, *Cancionero*, Introducción y notas de Antonio Prieto, Barcelona, Planeta, 1985.

<sup>85</sup> *Ibid.*, *Introducción*, Pág. XXV.

la vida frente a una sociedad deshumanizada que pretende eliminar la muerte del género humano. Pero lo importante para nuestra propuesta es comprender cómo el novelista se funde con la esencia del poeta aretino, tal y como apuntaba certeramente Jesús Sepúlveda: “*En Prieto labor creadora y tarea filológica no corren por caminos diferentes; por el contrario, forman un continuum que alcanza su grado más elevado en su relación con Petrarca, protagonista directo o indirecto (en su acercamiento a la lírica renacentista española, por ejemplo) de muchos de sus estudios, amén de ser una presencia constante en su obra narrativa, y muy especialmente en esta novela (Secretum), cuyo planteamiento y composición no se pueden disociar de los postulados que por los momentos de su composición rigen su quehacer crítico. Esta íntima ósmosis ha sido señalada y analizada por la crítica en diferentes ocasiones*”.<sup>86</sup>

Esa íntima ósmosis que señalaba Sepúlveda se refleja en las columnas semanales de “Diario 16” y “La Razón” de muy diversa manera como veremos a continuación. Por una parte, el columnista deja anotada la importancia del poeta toscano en la formación del movimiento cultural que cubrió el Renacimiento: “*Volver a Grecia es siempre un hermoso retorno, en el que vamos habitándonos más a nosotros mismos, desde el propio reconocimiento de nuestra lengua. Una de las cosas admirables del Renacimiento es cómo supo conciliar, desde el mismo Petrarca, el viejo mundo griego con su actualidad cristiana. San Agustín no hubiera sido tal sin Platón y esa chica rubia, de larga melena, que pasea su inquietud, no hubiera sabido nunca que podía ser amada así si el amor de Grecia no hubiera corrido tanto*”.<sup>87</sup>

Pero de todas las huellas dejadas por el poeta aretino en la historia de la Literatura, sólo anotaremos aquí la importancia de la escritura epistolar que tanto interesa a Prieto. En un artículo se nos habla de cómo Petrarca utilizó la epístola para comunicarse con algunos autores clásicos en esa creación de la fusión mítica que tan magistralmente abordará Prieto en su narrativa. Al hilo de las cartas entre Abelardo y Eloísa y de una reciente edición, nos dice: “*En primer lugar, porque esta edición supone renacer, contra la barbarie, aquel sentido renacentista, democrático, por el que Aldo Manuzio inventó en 1503 las ediciones de bolsillo. En segundo lugar, porque estas cartas entre los amantes renacen aquel valor de la epístola humanista por el que Petrarca escribirá a Séneca o Cicerón y a la actualidad de Boccaccio*”.<sup>88</sup>

---

<sup>86</sup> Antonio Prieto en su *Texto Total*, Gaspar Garrote Bernal (Coord), Universidad de Málaga, Málaga 2005, *Secretum*, Jesús Sepúlveda, Vol. I, Cap. III, Pág. 193.

<sup>87</sup> “Diario 16 Andalucía”, La trastienda, *La presencia del engaño*, 23 agosto 1992.

<sup>88</sup> *Ibid.*, *Las cartas de Abelardo y Eloísa*, 9 mayo 1993.



En este mismo sentido, en diferente columna nos explica la importancia de unas cartas que trascienden las cronologías y el interés que los lectores le profesan: “*Recalemos ligeramente en el pasado, recordando que la memoria reside en el alma. En la huella de las cartas latinas de Cicerón y Petrarca, los humanistas se prodigan en epístolas en las que se preocupan desde el valor de la dignidad del hombre hasta tan debatidos conceptos como la imitación literaria, en la que tanto insistirá el Brocense con Garcilaso. En el aire de esa demanda, en 1520, por ejemplo, se editan comentadas las Illustrium Virorum Epistulae. Es un texto muy importante para el entendimiento y difusión cultural*”.<sup>89</sup>

Establece en otro momento el escritor aguileno una clara identidad entre el diálogo (recurso eminentemente renacentista) y las epístolas en cuanto comunicación cercana y familiar: “*En el cuidado epistolar de Petrarca, los humanistas atendieron su correspondencia, y los conjuntos de Lettere, como los de T. Poricchi, alcanzaron notable difusión. Dirigiéndose a coetáneos como Boccaccio o Pandolfo Malatesta; a personajes de la antigüedad como Homero, Virgilio o Cicerón; a un futuro, Posteritati, desconocido, las epistulae latinas de Petrarca señalaban el acronismo de una fe literaria, la guía de una cultura en la continuación o tradición de la vida*”.<sup>90</sup>

No podemos olvidar que el propio autor ha hecho uso de la epístola en algunas de sus novelas como, por ejemplo, *Carta sin tiempo*<sup>91</sup>, entre otras, sin que por eso podamos acusarlo de plagio, ya que en un artículo, de los varios que dedica a este asunto, hace alusión a la diferencia de connotaciones que tiene el concepto plagio o imitación, que actualmente es peyorativa, desde el Renacimiento: “*En primer lugar, que un poeta introduzca un verso ajeno entre los propios, tal y como Garcilaso realiza con Bembo o Petrarca, indica un reconocimiento de admiración que procede de un saber poético y reconocimiento del valor de la cultura*”.<sup>92</sup> También este es un tema recurrente en las columnas de Prieto a tenor de las que le dedica en ambas colaboraciones con la prensa diaria: además de las ya citadas, encontramos algunas en Diario 16 (*La querella que pasa*, 20-3-1994), pero sobre todo en “La Razón” (*De un autor en otro*, 1-1-2000; *De nuevo con los “hurtos”*, 25-4-2001; *La obra literaria como materia narrativa*, 13-2-2002; *El halcón y las termitas*, 24-4-2002).

Otros dos mitos del Renacimiento<sup>93</sup> que son utilizados por Prieto en sus novelas y que aparecen a menudo en esta producción columnística son Garcilaso de la Ve-

<sup>89</sup> Ibid., *El crecimiento de los lectores*, 7 abril 1996.

<sup>90</sup> Ibid., *Del diálogo epistolar*, 5 febrero 2003.

<sup>91</sup> Antonio Prieto, *Carta sin tiempo*, Madrid, Emesa, 1975.

<sup>92</sup> “La Razón”, *Otras razones, Del plagio e imitación*, 7 julio 1999.

<sup>93</sup> Seguimos aquí la clasificación de María Hernández Esteban, citada en notas 68 y 69, págs. 102-109

ga y Cervantes. Respecto a las alusiones en su narrativa del poeta de Toledo, son numerosas, pero destacan por su importancia, especialmente, *Carta sin tiempo*<sup>94</sup> y *Libro de Boscán y Garcilaso*,<sup>95</sup> entre otras. Pero ahora nos interesan sus apariciones en prensa diaria, tal y como, por ejemplo, sucede a cuenta de un atasco monumental en Madrid que el escritor contrapuntea cultamente con un verso inmortal: “*Buenos conocedores nuestras autoridades del célebre endecasílabo garcilasiano Cuando me paro a contemplar mi estado, que con su raíz clásica tanto corrió en el siglo áureo, decidieron pararnos con la operación jaula, visto que somos como niños acelerados que han olvidado que hasta el activísimo Lope de Vega se paró a contemplar su estado*”.<sup>96</sup>

Como suele hacer con cierta asiduidad en sus novelas, una de las formas de expresar la fusión mítica es insertando entre sus palabras, sin resaltar con cursivas o negritas, versos o frases muy conocidas para los buenos lectores, como un guiño cultural en medio de, en este caso, un discurso sobre algún tema relativamente absurdo, como es el caso de una escuela de caricias que se acababa de instalar en Madrid: “*Después de mi experiencia, yo no supe si asesinar a Rufina, irme a Tabasco con la cultura olmeca, meterme a político o regresar a aquel mi siglo donde la piel tensaba su novedad y siempre había unos ojos cuya lumbre bien pudiera tornar clara la noche más tenebrosa. El brillo de unos ojos, camino de Burgos, que decía mi señor don Diego Hurtado de Mendoza*”.<sup>97</sup>

En otro momento, el estudioso de la poesía renacentista añora la magia de las amadas por poetas como Petrarca y Garcilaso, rendidos a su *donna angelicata*: “*Uno de los atractivos de la poesía petrarquista era la no descripción física de la amada para que sobre la palabra extendida por el poeta los receptores imaginaran a la dama, la formaran en su sentimiento. ¿Cómo era físicamente, por ejemplo, la intensamente amada de Garcilaso? Tenemos que imaginarla variamente, movidos por la palabra, y acercándola a unos ojos, a un cabello, a un gesto en el que nosotros amamos*”.<sup>98</sup>

Tampoco se olvida del río Danubio a propósito de una noticia sobre su contaminación actual, ni de los versos que le dedicó el poeta soldado: “*Istro o Ister es el famoso río Danubio, el Danubio, río divino, de manso ruido y agua corriente y clara que cercaba aquella isla donde estuvo presa la rebeldía de amor de Garcila-*

<sup>94</sup> Op. Cit.

<sup>95</sup> Antonio Prieto, *Libro de Boscán y Garcilaso*, Barcelona, Península, 1999.

<sup>96</sup> “Diario 16”, “Operación jaula”, 22 noviembre 1989.

<sup>97</sup> Ibid., *Rufina Bassinger*, 7 marzo 1990, subrayado del verso garcilasiano, nuestro.

<sup>98</sup> “Diario 16 Andalucía”, La trastienda, *El secreto público*, 6 diciembre 1992.

so”.<sup>99</sup> En cualquier caso, y esto es arraigada convicción de Antonio Prieto, los detalles de una biografía difusa en algunos puntos no son lo importante para comprender a un autor, serán sus palabras las que dirán de él lo esencial y lo que debe quedar en nuestra memoria: “*Poéticamente, más cierto sería que el poeta toledano naciera en 1500, como lo hizo su emperador en Gante, con el que compartirá tanta vida, desde la herida de una guerra civil hasta la muerte apresurada en Provenza, con sucesos tan sentidos en la palabra como el encuentro con la amada, la campaña de Túnez o el soberbio dolor del destierro. Porque con Melanio creo que es más importante la imago vitae que un poeta nos dejó en su palabra que una realidad biográfica desaparecida o puesta en hipótesis erudita*”.<sup>100</sup> Y en esta filosofía se incorpora la presencia de Cervantes a lo largo de la narrativa de Prieto y que se desgrana sutilmente en las columnas analizadas aunque ofrece menor presencia que Petrarca o Garcilaso, pero no debemos olvidar las fusiones interesantes del autor del Quijote en su narrativa, tal y como sucede en *Carta sin tiempo*<sup>101</sup> y *La plaza de la memoria*<sup>102</sup>, entre otras. Apoyamos esta idea con palabras de María Hernández Esteban referidas a esta identidad Prieto-Cervantes: “*La fusión con Cervantes se apoya tanto en motivos significativos concretos (la mano herida, la alusión a Lepanto), como en la recreación de amplios episodios como el doble cautiverio de Argel, las fugas, en donde se mide bien el valor, la resistencia física y moral del protagonista, y su generosa entrega al riesgo*”.<sup>103</sup>

En un artículo de 1993, ante la idiotización de la sociedad al amparo de las autoridades políticas, el escritor se alarma y muestra su malestar con un hecho ciertamente llamativo: “*Acaban de enseñarme un texto de literatura impuesto para alumnos de FP o de ESO o quizás de otras estúpidas siglas. En tal texto ni siquiera aparece citado Miguel de Cervantes, aquel Cervantes que recordaba Antonio Machado porque quizás habría que retar a los leones nuevamente y haría falta un loco que intentara la aventura, un loco ejemplar como don Quijote. Que nadie, empezando por los superiores que vigilan esos textos, echara de menos la ausencia de Cervantes ya me parece bastante sintomático. Es posible que ya no necesitemos nada de eso para correr por las cloacas. Lo malo*

<sup>99</sup> Ibid., *Danubio, río divino*, 13 diciembre 1992.

<sup>100</sup> Ibid., *Tras las palabras de Garcilaso*, 22 septiembre 1999. Bajo este mismo título de *Imago Vitae (Garcilaso y otros acercamientos al siglo XVI)*, publicó un espléndido trabajo sobre el poeta toledano en la Universidad de Málaga en 2002.

<sup>101</sup> Op. Cit. nota 80.

<sup>102</sup> Antonio Prieto, *La plaza de la memoria*, Sevilla, Guadalquivir, 1995.

<sup>103</sup> *Antonio Prieto en su Texto Total*, Gaspar Garrote Bernal (Coord), Universidad de Málaga, Málaga 2005, *El mundo mítico en la narrativa de Antonio Prieto*, María Hernández Esteban, Vol. I, Cap. I, Pág. 103.

*es que las cloacas están atoradas, el hedor asciende y nos hemos quedado sin olfato*".<sup>104</sup>

Contra ese torbellino de incultura que asola a las sociedades modernas estigmatizadas por el poder omnímodo de los lobbys mediáticos, se ofrece cada artículo de Antonio Prieto utilizando sus mismas herramientas, pero eso sí, se trata de piedras preciosas en medio de ilustrados estercoleros. Es por ello que el título de este trabajo es en sí mismo un oxímoron, una contradicción en sus términos, puesto que en la prensa diaria queda poco espacio para la cultura con mayúsculas, en todo caso y, salvo honrosas excepciones, cultura de consumo, y el conocimiento de alta gradación es ofrecido al lector más básico, para, si sabe degustarlo, asimile sus saberes frente a la bazofia informativa diaria. Y para salir del barro de la realidad nada mejor que asirse a la belleza e inmortalidad de las creaciones del ciego más universal, Homero. Entre las más de cuatrocientas columnas aparecidas en prensa firmadas por Antonio Prieto, encontramos abundantes alusiones a Aquiles y su cohorte de héroes pero, sobre todo, será Ulises--Odiseo quien se fundirá míticamente con el autor para salvar las barreras del tiempo y disfrutar del mundo griego a través de los ojos muertos del aedo genial.

Abundan, en el rastro de la mujer ideal, la *donna angelicata* del Dante, referencias a Nausicaa, como símbolo de amor juvenil, limpio y claro; anotamos aquí una cita en la que el escritor, al hilo de unos amoríos entre político griego y joven de belleza sin par: "*Dentro de poco, de Mitsotakis, como de tantísimos políticos, nadie recordará nada, mientras que Dimitra, cuyos turgentes pechos son los más acariciados fotográficamente de Grecia, ya va corriendo en fábula, tal y como antaño corrió Nausicaa por despertar la juventud perdida de Ulises cuando éste arribó a la playa feacia agotado por el sol y la sal de los mares. Caigo así en la cuenta, con la cita de Nausicaa (a la que tanto amé)...*"<sup>105</sup>

En otro momento y espoleado por la presencia en la playa de unas chicas jugando al voley-playa, el autor se traslada al amor homérico: "*El mar que contemplo es el mismo mar que navegaron Ulises y las leyendas griegas, el que surcaron las palabras con las que ahora me abastezco; por donde iba Ulises cuando en una playa de Feacia encontró a una muchacha deliciosa llamada Nausicaa...Ulises y Nausicaa construyen en la Odisea el más bello y lírico diálogo, que alimentará ya siempre la navegación y las noches de Ulises*".<sup>106</sup>

Sobre el poema de Homero nos dice: "*La Odisea, no importa repetirlo mil veces, es un libro extraordinario. Una gran parte de la evolución de la humanidad*

<sup>104</sup> "Diario 16 Andalucía", La trastienda, *Han borrado a Cervantes*, 3 octubre 1993.

<sup>105</sup> "Diario 16", *Al hilo del mar*, 18 abril 1990.

<sup>106</sup> "Diario 16 Andalucía", La trastienda, *Mecer melancolías*, 2 agosto 1992.

*podría explicarse con páginas emanadas del texto homérico...En esta misma columna, con motivo del engaño, que no era opuesto a la verdad en ese mundo griego, ya escribí alguna vez de la Odisea”.*<sup>107</sup>

Tampoco pierde la ocasión de explicarnos cómo un escritor se sirve de un personaje para mostrarse al mundo detrás de una careta: *“La escritura puede ser la posibilidad de un escritor para asumir otras identidades sin dejar de ser él mismo. Pudiera ser que el viejo Homero encontrara la belleza de una muchacha a la que llamó Nausicaa y que viviera el amor. Y que el viejo Homero asumiera la identidad de Odiseo para expresarlo y ser más libre en su expresión. Pero también aquí el juego del tiempo echó su partida. Porque no sabemos realmente nada de Homero y es Odiseo, su personaje, quien perennemente recita su episodio contra el olvido”.*<sup>108</sup>

A propósito de este juego de máscaras que es, en esencia, la literatura, y sobre todo, de lo frágil que puede llegar a ser la frontera entre la memoria sembrada de gloria o el olvido más infame, anotamos esta reflexión de Protasio, el humilde protagonista de *Oficio de personaje*, novela publicada por Prieto, en la que se relatan los sinsabores que procura la metamorfosis de persona a personaje: *“Después de todo, discurrió apresurado, puede que un personaje no fuera mucho más que una máscara dibujada por la vanidad cuyo tiempo dependiera de una persona extraña que lo viviera o que podría tirarlo a la ciénaga del olvido”.*<sup>109</sup>

Como ya expresó en otros artículos, al hilo de Homero, Prieto insiste en el poder de la palabra para luchar contra el olvido: *“No puedo saberlo, pero sí imagino que de los conocimientos estáticos de Homero pudo brotar su intuición de Troya y, más maduramente, el correr de Ulises por mares e islas prendidas en el más intenso azul de las aguas. Me agradaba imaginar que algún viejo y desdentado aedo le explicó al joven Homero cómo el valor de la mirada era conceder la existencia...Y era aún más hermoso que Homero descubriera el excitante campo de la escritura, el ojo de la palabra escrita que, como el ojo del sol o de las estrellas, espera ser mirado y mirar para que ambas miradas puedan concrear el camino luminoso en el que se transportan estados de ánimo. La palabra era ya un deseo de trascendencia, la realidad de una vida esperando una mirada para recorrer los tiempos contra el olvido”.*<sup>110</sup>

También nos aclara otra función elemental de la palabra en una serie de artículos publicados entre marzo y abril de 2001 sobre el valor diferente y a la vez simi-

<sup>107</sup> Ibid., *La comida del olvido*, 2 mayo 1993.

<sup>108</sup> Ibid., *El tiempo de recepción*, 17 octubre 1993.

<sup>109</sup> Op. cit., Pág. 190.

<sup>110</sup> “La Razón”, *Otras razones, La salvadora mirada de Homero*, 9 junio 1999.

lar de la palabra y de la imagen en el lenguaje cinematográfico, aprovechando, una vez más, el mundo homérico. Tras una cita de su novela *El ciego de Quíos*<sup>111</sup> en la que recrea a su estilo el episodio de las Sirenas de la *Odisea*, donde se plantea la búsqueda del misterio que adorna el canto de las mismas, nos explica lo siguiente: “*Es decir, el poder de las Sirenas no estaba en la irresistible belleza de su canto o en que la palabra era, al mismo tiempo, sonido que expresaba e imagen que representaba, inutilizando la capacidad de imaginación del receptor y dominándolo*”.<sup>112</sup>

Tampoco se olvida Prieto de acotar hasta qué punto las obras de Homero han sido fuente casi inagotable de imitaciones o recreaciones a lo largo de la historia de la literatura, y aún de numerosos estudios estrictamente filológicos, señalando la interesante trayectoria literaria de personajes como Eneas y Ulises. Sentencia con rotundidad el principio que cualquier aspirante a escritor debería aplicarse antes de escribir la primera página en busca de la originalidad genial: “*En cierta medida, es la vigencia, de aquella sentencia humanista de que ningún autor debería pedir ser leído si previamente él no había leído a los autores del pasado*”.<sup>113</sup>

Pero no todo el mundo es capaz de leer como ha leído Prieto a lo largo de su vida, porque ha leído desde una doble perspectiva: con los ojos de lector curioso y culto y con la mirada del estudioso enamorado de la palabra. Sigue, pues, la citada máxima humanística para acrecentar su capacidad de saborear los clásicos y en consecuencia, recrea los mitos de una manera peculiar, trayéndolos a la actualidad con su vida propia y acariciándolos con su mano enamorada, dando lugar a una delicia literaria que él ha denominado con el nombre de *fusión mítica*, recurso que el propio autor define en su esencialidad así: “*La fusión mítica es plena comunión, mutua posesión para crearse en un tiempo nuevo que se conquista como atemporal*”.<sup>114</sup>

En un trabajo nuestro, se propone una clasificación de las diversas formas en que puede presentarse la fusión mítica, tales como simple, secundaria, circular, múltiple, total e inicial, en cuyo detalle no entraremos ahora.<sup>115</sup> Pocos estudiosos han llegado a explicar, tan en profundidad, la esencia y la técnica de este recurso de Antonio Prieto como María Hernández Esteban, como podemos comprobar en su aportación al homenaje que la Universidad de Málaga le ofreció en su compilación

<sup>111</sup> Antonio Prieto, *El ciego de Quíos*, Barcelona, Seix Barral, 1996.

<sup>112</sup> “La Razón”, Otras razones, *La imagen de la palabra y del cine (I)*, 28 marzo 2001.

<sup>113</sup> *Ibid.*, *La obra literaria como materia narrativa*, 13 febrero 2002.

<sup>114</sup> Antonio Prieto, *Ensayo semiológico de sistemas literarios*, 3ª ed., Barcelona, Planeta, 1976, Cap. 4, *La fusión mítica*, Pág. 160.

<sup>115</sup> Francisco José Montalbán Rodríguez, *La fusión mítica: un recurso humanístico en la narrativa de Antonio Prieto*, en *Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico. Homenaje al Profesor Antonio Prieto*, Vol.1, *Prólogo*, José Mª Maestre Maestre, Salamanca, Instituto de Estudios Humanísticos-CSIC, 2008, Págs. 587 – 595.

de artículos recogidos bajo el título de *Antonio Prieto en su texto total*, en 2005. En su artículo la profesora Hernández Esteban explica cómo procede el autor para la aplicación de la fusión mítica: “*Leopardi desplazándose a Safo, Garcilaso a Petrarca, Cervantes creando a don Quijote, Joyce retomando a Homero, son algunos de los ejemplos que sirven a Prieto para explicarse, y además Homero, Petrarca, Garcilaso, Cervantes, serán precisamente esos mundos míticos, de intenso latido humano, que con mayor frecuencia Prieto evoca y recrea, por sus elevados ideales, por su intensa significación, porque conectan bien con su mundo expresivo. Los mitos homéricos, el ideal caballeresco, el mundo renacentista, con su cíclica reaparición, son expresión de pervivencia, de inagotable comunicación*”.<sup>116</sup>

En un magnífico artículo el autor expresa su concepción de cómo debe recogerse el mito y concluye con estas palabras: “*Pensé entonces en tantos poetas que se abrazaron al mito, como el mismo Petrarca interpretándose en el mito de Apolo y Dafne, o Garcilaso, o Lope de Vega o Luis Cernuda, y entendí la claridad de Melanio acercándome, frente al grito de la actualidad desmemoriada, la vida del mito que tanto camino recorrió. Y lo abracé agradecido porque no tomara a locura mi humilde habitar un conventus perdido en el que sigo con la buena tinta recomendada por el monje Teófilo y una pluma de ave*”.<sup>117</sup>

No olvidemos que la creación del personaje de Melanio, como ya vimos arriba, es el nexo accesible de la actualidad para contactar con la Grecia clásica, y a su vez, un *alter ego* con el que conversar en silencio de las cosas del alma y atizar las brisas del recuerdo a la hora de la senectud, ayudándose de él para expresar la intensidad de la conexión necesaria para el escritor entre la antigüedad mítica y la realidad de hoy.

Respecto a un curso sobre el mito que el propio Prieto dió en la Universidad de Verano de El Escorial en el verano de 1999, y que según el juego del desdoblamiento mantenido por el columnista será ofrecido por el griego intemporal, dice lo siguiente: “*En uno de los cursos que el estío recoge en El Escorial se hablará del mito y tengo entendido que en él disertará mi amigo Melanio, lo cual significará hablar de sí mismo en cuanto que es alguien que desde su origen griego ha recorrido los siglos, ofreciéndose, al igual que una obra clásica lo es por tener la alta cualidad de poder ofrecerse a la interpretación y concreación de distintas y sucesivas actualidades que la viven. Con lo que mi lector comprenderá que Melanio, que tiene en mí ese nombre por relación nominal, goza de otros nombres en distintas personas. Entonces, bajo el posible pecado de la vanidad, caí en la tentación*

---

<sup>116</sup> *Antonio Prieto en su Texto Total*, Gaspar Garrote Bernal (Coord), Universidad de Málaga, Málaga 2005, *El mundo mítico en la narrativa de Antonio Prieto*, María Hernández Esteban, Vol. I, Cap. I, Pág. 75.

<sup>117</sup> “La Razón”, *Otras razones, Recojo humildemente al mito*, 12 mayo 1999.

*de hablarle a Melanio no ya como un otro yo con el cual dialogar, sino como a alguien que habitaba la fusión mítica que tanto corrió por la cultura*".<sup>118</sup>

Recordaremos ahora cómo la recreación mítica de Safo por parte de Leopardi en pleno romanticismo, sirvió al Prieto ensayista<sup>119</sup> para exponer su concepción de la fusión mítica. Por eso en este artículo hace convivir al Melanio griego de ficción con el Leopardi real que anhelaba trascender el tiempo por medio del mundo de la poetisa helena: "*En la historia, es una náyade quien envía a Safo a una isla del mar Jónico, en la que estaba la roca, para que pruebe con el salto la experiencia de ansiar la vida. Leopardi, con su cultura vivida, se acoge a esta historia y no a la Safo que la Staël traza en su Corinne. Leopardi escribe L'ultimo canto di Saffo en una perfecta fusión mítica en la que ve a Safo como en su biográfico Zibaldone él se ha reflejado privo della belleza del corpo y amante ardentissimo, al igual que Safo respecto a Faón, percibe la desengañadora respuesta de la amada. Desde una compenetración física, desde la intimidad, desde una cultura en la que es intermedio el Ovidio de las Heroidas, Leopardi se funde con Safo en una recíproca prestación de vida que se disuelve en el poema, donde las limitaciones cronológicas son vencidas por la intimidad*".<sup>120</sup>

Y para no desaprovechar la posibilidad de recrear, a su vez, a la donna a la que Leopardi cantó sus más líricos versos, en *A Silvia*, Prieto en *Oficio de personaje*, hace aparecer una monja (*la monaca di Monza*), Suor Virginia, con la que largamente conversa Protasio mientras que está sintiendo que habla con su amada, la napolitana Silvia, de la que acaba de enamorarse: "*Apenas había visto con claridad el rostro de la monja, pero estaría seguro de afirmar que pertenecía a Silvia, al que un poeta se dirigía: Silvia, rimembri ancora quel tempo... El poeta le pedía a su Silvia que aún recordara aquel tiempo de su vida mortal en el que brillaba la belleza en sus ojos...Se lo pedía realmente a una joven ya muerta que estaba transformada en personaje por la palabra*".<sup>121</sup>

Una de las versiones que la fusión mítica puede utilizar para su expresión es la de generar un nuevo personaje mítico dentro de un universo narrativo personal como es el caso de Prieto. Hablamos de cómo la amistad y la admiración por un amigo filólogo hace que el novelista lo incorpore como personaje a una ficción, sin

<sup>118</sup> *ibid.*, *La vivencia del mito*, 14 julio 1999.

<sup>119</sup> Antonio Prieto, *Ensayo semiológico de sistemas literarios*, 3ª ed., Barcelona, Planeta, 1976, Cap. 4, *La fusión mítica*, Págs. 147-155 y también en *El cultivado dolor de Giacomo Leopardi, Maestros italianos*, Barcelona, Planeta, 1971, reeditado en *Aproximaciones a Foscolo, Leopardi y Svevo*, Sevilla, Renacimiento, 2010.

<sup>120</sup> "La Razón", Otras razones, *Con Leopardi por Melanio*, 2 junio 1999.

<sup>121</sup> *Op. cit.*, Pág. 115.



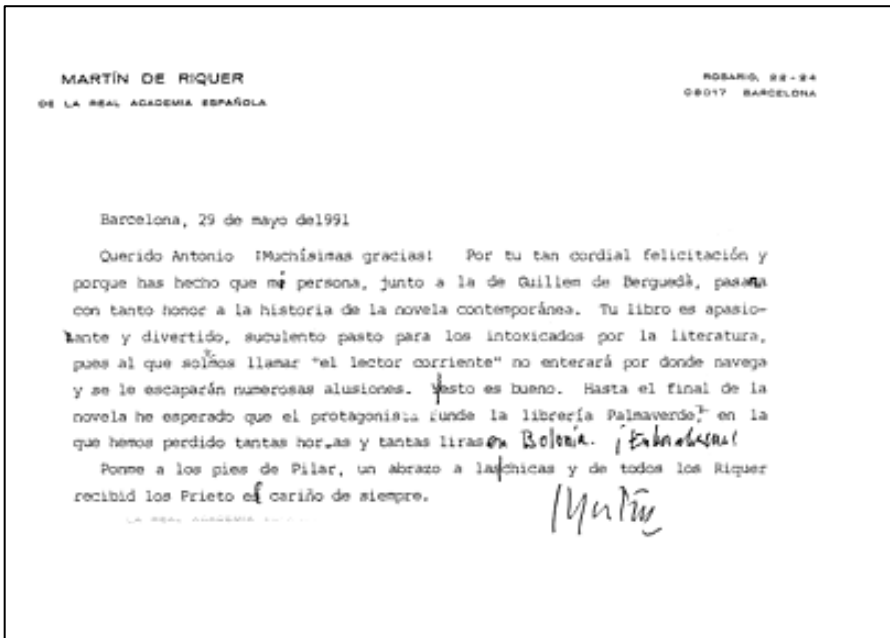
perder sus características reales, pero insertándolo como ente literario, tal y como ocurre con Martín de Riquer: “*Con la particularidad, ahora que tanto se escribe de un accidental plagio, de que a Riquer hice personaje en un par de novelas, dentro siempre de aquel homenaje al maestro que entrañaba el llamado versus cum auctoritate que siguió una poesía mediolatina y renacentista. Porque fue el caso que en dos novelas, El caballero Palmaverde<sup>122</sup> y Libro de Boscán y Garcilaso<sup>123</sup>, tuve que seguir con rigor histórico las investigaciones realizadas por Riquer sobre el trovador Guillem de Berguedá y el poeta Boscán. Me pareció que, más allá de una fría nota a pie de página, encerraba mayor calor humano y admirado reconocimiento que Riquer, en cuanto personaje, recibiera la amistad del trovador y el poeta catalanes, compartiendo la misma cronología*”.<sup>124</sup>



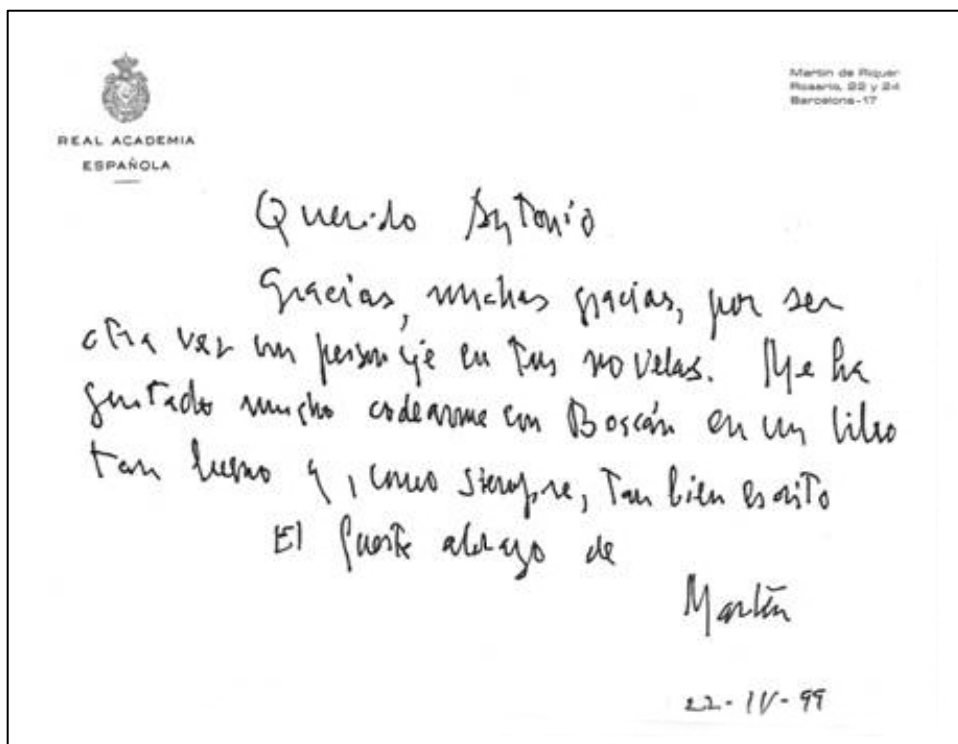
<sup>122</sup> Antonio Prieto, *La desatada historia del caballero Palmaverde*, Barcelona, Planeta, 1991.

<sup>123</sup> Op. cit., nota 84.

<sup>124</sup> “La Razón”, *Otras razones*, Martín de Riquer, 8 noviembre 2000.



Y como para cerrar el círculo perfecto de este mágico poder de la creación de personajes a partir de personas, tenemos dos breves cartas autógrafas de Martín de Riquer a Prieto haciendo referencia a estas incorporaciones y mostrando su gratitud por ello. La primera tiene como fecha el 29 de mayo de 1991 a propósito de la publicación de *La desatada historia del caballero Palmaverde* y de ella destacamos una frase: “*Querido Antonio: ¡Muchísimas gracias! Por tu tan cordial felicitación y porque has hecho que mi persona, junto a la de Guillem de Berguedà, pasara con tanto honor a la historia de la novela contemporánea. Tu libro es apasionante y divertido, succulento pasto para los intoxicados por la literatura...*”



Este es el texto de presentación de Martín de Riquer en esta obra:

*“De modo que, empleando la sutileza para encubrir la realidad, logró sonsacarle Palmaverde al clérigo que había en Cataluña un hombre sabio y de vital humanidad, llamado Martí de Riquer, que podría darle noticia verdadera de aquello que buscaba y era su pasado. Así que desde aquel momento en el que Palmaverde tuvo acertada noticia de Martí de Riquer ocupó su pensamiento en ver el modo de encontrarlo, lo cual acaeció en una brillante jornada barcelonesa que se detallará cuando lo pida la regularidad cronológica de esta historia.”<sup>125</sup>*

<sup>125</sup> Op. cit. Pág. 98.

La segunda carta es del 22 de abril de 1999, con motivo de la aparición del *Libro de Boscán y Garcilaso* y el académico de la lengua se expresa así: “*Querido Antonio: Gracias, muchas gracias, por ser otra vez un personaje en tus novelas. Me ha gustado mucho codearme con Boscán en un libro tan bueno y, como siempre, tan bien escrito.*”

Entre otras insignes personas del mundo de la filología hispánica, también se incorpora como personaje Ricardo Senabre a la historia de *El embajador* y lo hace con la esperanza de que con sus versos se *viera lanzado hacia un futuro imperecedero.*

“*Tenía don Diego en Salamanca un preclaro amigo, grammaticus ilustre, que era catedrático de Prima y, como era uso, había latinizado su nombre en Richardus Senabris. Este ingenio docto, compañero de aulas del Brocense y gran conversador de poesía con fray Luis de León, le envió a don Diego, a modo de consolatio, un soneto que decía: ...*”<sup>126</sup>

Andando el tiempo de la creación novelística de Prieto encontramos entre su producción narrativa reciente, *Oficio de Personaje*, una serie de alusiones a la fusión mítica que aclaran bastante la esencia de este recurso estilístico tan personal que define así: “*Y se apreciaba que categorizara al mito entendiéndolo como una historia en continua formación, por lo que era lógico que se practicara por un relator la fusión mítica para combatir la tristeza de acabar sus días como aquel varón sin identificar sancionado por el periódico en un fugado día. Fusión mítica, se sabía, era fusionarse con un personaje mítico ya ganado por la historia o la leyenda y compartir con él la existencia prestándose mutuamente cualidades y características sin pérdida de personalidad por ninguno de ellos. También fusionar sus tiempos*”.<sup>127</sup>

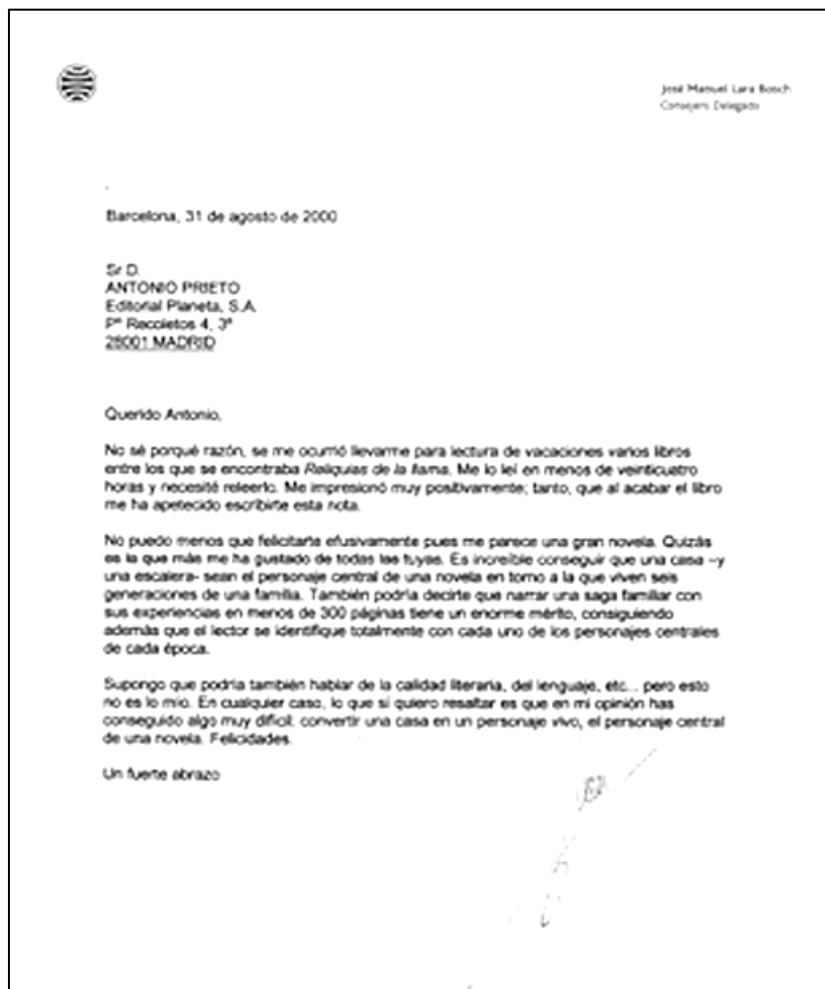
Sobre esa dicotomía de identidad se desarrollará, principalmente, el argumento de *Oficio de personaje*, puesto que el protagonista aspira a abandonar su anodina circunstancia de individuo gris para ascender al pedestal de personaje que permanezca a salvo del olvido con el que el tiempo debería cubrirlo, tal como nos cuenta en un artículo nuestro autor: “*Ya me parece más difícil dilucidar si uno, de tanto cabalgar apariencias, continúa siendo persona o se ha construido en personaje de sí mismo. Antes, cuando nos dejaban más tiempo para conversar con los libros, podíamos autoinvestigarnos un poco como personas. Ahora la apariencia va ocultándonos*”.<sup>128</sup>

---

<sup>126</sup> Op. cit., pág. 216.

<sup>127</sup> Op. cit., Pág. 93.

<sup>128</sup> “La Razón”, Otras razones, *La apariencia*, 30 julio 2003.



En otra columna nos adelanta Prieto su intención de mitificar, de transmutar a un abuelo suyo de recuerdo familiar en personaje novelesco, un abuelo que, a su vez, era bastante propenso a mitologías varias. El libro que vería la luz algún tiempo después sería titulado con un verso de Lope de Vega, *Reliquias de la llama*<sup>129</sup>:

*“Me animó poder escuchar a Melanio, su diálogo de tan viejas y remozadas palabras, y fue cuando me decidí, con menguada vanidad, a escribir la historia de un abuelo desconocido, merecedor de gloria, que adquirió una hermosa escalera de mármol y creía en un legendario rey Arturo al que mucho admiraron crónicas y*

<sup>129</sup> Antonio Prieto, *Reliquias de la llama*, Barcelona, Seix Barral, 2000.

*leyendas. Este abuelo se fue con su creencia en Arturo a la isla entre ríos de Avalon, e intentaré que pruebe el riesgo y la gloria de meterlo en escritura*".<sup>130</sup>

En este momento creemos oportuno incluir un documento curioso y bastante ilustrativo, como es una carta de José Manuel Lara (Consejero Delegado del Grupo Planeta), tan poco dado a halagos gratuitos y a opinar sobre sus autores, que siente la necesidad de expresar su admiración por esta novela de Prieto y, sobre todo, por la inteligente observación acerca del acierto de convertir a una casa familiar en personaje de una novela:

“No puedo menos que felicitarte efusivamente pues me parece una gran novela. Quizás es la me ha gustado de todas las tuyas. Es increíble conseguir que una casa – y una escalera– sean el personaje central de una novela en torno a la que viven seis generaciones de una familia. También podría decirte que narrar una saga familiar con sus experiencias en menos de 300 páginas tiene un enorme mérito, consiguiendo además que el lector se identifique totalmente con cada uno de los personajes centrales de cada época.”<sup>131</sup>

Viene ahora a propósito acercarnos, de pasada, a la importancia que tiene, en cualquier ficción literaria, la creación de un personaje, puesto que debe ser independiente y autónomo, pero por esencia, siempre será reflejo de su autor, tal y como nos dice Protasio en *Oficio de personaje*: “--Pero yo no quiero hacer magia -- aclaró Protasio -- únicamente pretendo transformarme en un personaje que permanezca a salvo del olvido”.<sup>132</sup> Esa es la intención anteriormente citada de Prieto al transformar la realidad de un abuelo casi desconocido en una figura que aspira a ser mitificada para salvarse del olvido, algo que ya ha conseguido desde el momento inicial en que el novelista expresa su *desiderátum*, en una columna periodística, de elevar a un familiar cercano al plano de los personajes de ficción y a fe que lo consiguió con la publicación de esta novela.

En una curiosa columna, convaleciente aún de una intervención quirúrgica, el autor nos habla, desde la admiración a Platón en su *Apología de Sócrates*, y nos expresa su íntima necesidad de comunicación con los genios del pasado, esa necesidad que le llevó desde el principio de su obra novelística a actualizar sus mitos predilectos: “Obviamente, aún no puedo platicar en el eterno presente con Orfeo, Hesíodo u Homero. Ni con Virgilio, Garcilaso o su atento lector Miguel de Cervantes. Tampoco platicaba con ellos Sócrates cuando, según Platón, se defendía de la acusación de Meleto presentada ante el arconte rey. Pero pensar, cómo una

<sup>130</sup> Ibid., *La gloria y la fama*, 3 febrero 1999.

<sup>131</sup> Carta personal de José Manuel Lara Bosch a Antonio Prieto, fechada en Barcelona el 31 de agosto de 2000.

<sup>132</sup> Op. cit., Pág. 27.

*esperanza, en el encuentro con Orfeo u Homero animaba la cercana despedida del filósofo*".<sup>133</sup>

Para huir de la actualidad el escritor necesita perderse en las aguas del pasado literario y revivir tiempos antiguos generadores de aliento para soportar la realidad diaria, tal y como nos expresa en otra columna: "*Y entonces la palabra, affinis tristitiae, vecina de la tristeza, se pregunta cuál fue su tiempo entre tantas sensaciones que buscaron la imaginación. Quizá porque en esta noche aislada en la que escribo sentí tantos ojos perdidos, tanto amor enmudecido, tanta vida gastada, que imaginé la palabra sin tiempo y temí por un mundo asido únicamente a algo tan inexistente como la actualidad*".<sup>134</sup>

El estudio de la fusión mítica a lo largo de estos casi quince años de publicaciones en prensa diaria sería objeto, *per se*, de un monográfico, pero no es la intención de este acercamiento a la obra periodística de Antonio Prieto en el período 1989-2004. Por tanto, una vez esbozada la conexión entre ese recurso literario tan querido por el autor y su utilización en las colaboraciones semanales en prensa diaria, nos queda detenernos en otro aspecto que también ha sido estudiado por los analistas de su obra, esto es, la intertextualidad que se da a lo largo de su fecunda obra narrativa. Aquí vamos a aproximarnos a la oportunidad con que aparecen citadas sus obras de ficción en sus columnas, como un guiño, lejos de la vanidad, al lector que puede ser lector fiel o desconocer su novelística. En cualquier caso, es interesante hacer una cala en este aspecto que él mismo define en su *Introducción al Cancionero* de Petrarca del siguiente modo: "*Entiendo aquí por intertextualidad aquellos motivos (ideomitemas, sintagmas, unidades argumentales, etc.) que concurren en un texto, prestándole coherencia, y que pueden seguirse como eje de un progreso narrativo propio de un proceso recurrente*".<sup>135</sup>

Ya hemos reparado por un momento en algunos personajes creados por el autor para sus artículos, tales como Rufina y Melanio, y además cómo ha recuperado de su narrativa un tipo emblemático como es don Diego Hurtado de Mendoza. La presencia constante de estas figuras a lo largo de todos sus artículos (Rufina y Hurtado de Mendoza en "Diario 16" y Melanio en "La Razón") supone un esfuerzo del escritor por dar unidad y fundamento a su discurso; aunque a diario los motivos de la columna sean de lo más diverso, habrá un hilo de conexión, una trabazón imprescindible, que dotará a lo escrito de un mínimo de familiaridad para el lector, puesto que, semana a semana, se encontrará con Rufina o con Hurtado de Mendoza o con Melanio. Con estos dos últimos tenemos que hacer una mención especial a su

<sup>133</sup> Ibid., *La compañía de Melanio*, 8 enero 2003.

<sup>134</sup> "Diario 16", *El tiempo de la palabra*, 23 mayo 1990.

<sup>135</sup> Op. cit., pág. LVI, nota 32.

vinculación directa con determinadas novelas de Prieto, afirmando por sí solos la coherencia de este proceso intertextual tan característico del universo narrativo de Antonio Prieto.

Si estudiamos las apariciones de Hurtado de Mendoza en estos artículos, veremos que en algunas ocasiones, las que permite la escasa vanidad del autor, se relacionan con una novela, *El embajador*, sin hacer mención de su autoría: “*He recordado con el libro de Pallavicino mis largos días venecianos en compañía de Hurtado de Mendoza, cuando escribían que Venecia era el mejor nido d'amore. Mendoza, como escribió su cronista en El embajador, sabía mucho de estos tratamientos de cortesanas, pero escribió poco de ello*”.<sup>136</sup>

Tampoco se cita como autor en otro momento: “*¿Y cómo tendríamos que considerar los condenados amores de Paolo y Francesca de cuyo texto se sirvió Diego Hurtado de Mendoza, para encender a una dama según unas páginas de El embajador?*”.<sup>137</sup>

Así se alude la autoría de esta magnífica novela en otro momento: “*Recordé entonces, en cuanto antídoto de estas imágenes del gallo desplumado, aquel tiempo del siglo XVI en el que un cronista nos describía en las páginas de El embajador, la vida en Venecia de don Diego Hurtado de Mendoza, que en gloria literaria está*”.<sup>138</sup>

Nos queda la sensación, rastreando estas apariciones de su novela, de que el autor pretende que la obra tenga entidad por sí misma, sin que sea necesario expresar la concreción de su creador. Le otorga pues, al texto, un valor superior al que habitualmente se concede a una novela, como criatura de un escritor. La palabra escrita debe ser autosuficiente para encaramarse a la historia de la literatura sin quedar mediatizada por una autoría determinada.

Hay otro momento en que el Prieto articulista cita, como desconocido, al Prieto novelista, tal es la persistencia de alejarse de la vanidad propia de los autores actuales: “*Por un cronista biógrafo de Mendoza, que escribió El embajador, supe algo sorprendente del embajador andaluz...El anónimo cronista de El embajador escribe luego del amor de Letizia y Mendoza y de cómo estaba asignado por los dioses que permanecieran juntos La bella y el cuadro de Mendoza pintado por Tiziano y elogiado en un soneto de Ariosto*”.<sup>139</sup>

Persiste el autor en pasar como desconocido en una de sus obras fundamentales: “*Quizás la máxima valoración de la gallina está en aquellas páginas de El emba-*

<sup>136</sup> “Diario 16 Andalucía”, La trastienda, *Arte perenna amor*, 4 julio 1993.

<sup>137</sup> “La Razón”, Otras razones, *El amor según sus genes*, 8 diciembre 1999.

<sup>138</sup> *Ibid.*, *La mirada y el gallo desplumado*, 29 mayo 2002.

<sup>139</sup> *Ibid.*, *A la búsqueda de un Tiziano*, 23 julio 2003.



jador que nos ofrecen una gallina femina que poseía el gran poeta Diego Hurtado de Mendoza. La mencionada gallina tenía la virtud de poner huevos de oro, según nos refiere el cronista, y don Diego la mantenía muy bien alojada en su palacio de Venecia, cuidando de que no fuera pisada por ningún gallo”.<sup>140</sup>



Y como cronista se presenta en la Epístola Nuncupatoria que precede a la crónica biográfica del embajador granadino: “Veía yo tan en grado curioso los pasos de mi señor y tan torcidas algunas interpretaciones que lo juzgaban, que mi ánimo y conciencia de historiador protestaron, llevándome a tomar su vida como materia de mi libro, por donde vine a convertirme en cronista y sin buscar prebenda o vanidades por ello, que oculto a los ojos de todos realicé mi trabajo”.<sup>141</sup>

Bien distinto es el tratamiento que Prieto nos ofrece del personaje de Melanio. Hurtado de Mendoza es una figura histórica cuya biografía posee aristas novelables perfectamente aprovechadas por el narrador; y en esa magnífica novela, ya citada,

<sup>140</sup> Ibid., *La venganza de la gripe del pollo*, 4 febrero 2004.

<sup>141</sup> Antonio Prieto, *El embajador*, Barcelona, Seix Barral, 1ª ed., 1988, Pág. 6.

el papel de cronista se circunscribe a anotar las peripecias vitales del protagonista aderezándolas con algo de fantasía, humor y acción propia de novela negra.

Muy diferente es la presencia textual que ofrece Melanio, ya que desde el primer momento se presenta como *alter ego* del autor, un recurso de extensa andadura en la historia literaria universal, y le permite a este expresarse sin ninguna atadura, pero, sobre todo, le sirve de cicerone para recorrer la antigüedad sin las barreras de una cronología anuladora, tal y como lo define Prieto: “*Mi amistad con Melanio se inició hace muchos, muchísimos años: cuando un día en mi plena juventud, sentí que necesitaba del pasado, de su recuerdo, para hacer caminar mi presente más allá de su inherente caducidad. Desde entonces, como un otro yo, Melanio fue allegándose a su saber, que yo leía desde su andadura por las islas griegas. Así percibía que mi tiempo se ampliaba extraordinariamente y podía vivirlo en los más remotos espacios y cronologías*”.<sup>142</sup>

En otra columna va más allá y duda de la verdadera identidad del compañero griego, asumiendo su doble personalidad: “*Descendí al cuarto de baño para refrescarme con agua. Al mirarme en el espejo comprobé que no era mi rostro sino el de Melanio el que se reflejaba. Curiosamente, eso no me extrañó y comencé a tener un diálogo con Melanio igual que uno, a veces, lo sostiene consigo mismo. Quizás, en el fondo, Melanio y yo fuéramos una misma persona*”.<sup>143</sup>

Recordamos a este propósito unas palabras de Carmen Laforet acerca de los medios que utiliza un autor: “*Todo aquello que un novelista vive o siente, servirá de combustible para la hoguera insaciable que es su mundo de ficción.*”

También hay un momento en que Prieto juega con la ambigüedad de la ficción y la no ficción del personaje dejando al criterio del lector su definición como ente real o imaginado: “*Solón se retiró unos años de Atenas y a su regreso ya le anunció Melanio que se caminaba hacia la disfrazada tiranía, con lo que nuestro hombre se refugió con sus libros en otro espacio. Mi buen lector deducirá por qué Melanio parece una invención mía*”.<sup>144</sup>

Y como invención fue madurando Melanio hasta tomar cuerpo literario y, desde un cuidado anonimato, llegó a contarnos la historia del mundo a través de los grandes conflictos bélicos que se han ido sucediendo en distintos puntos geográficos. Aunque son pocos los elementos definitorios sobre sí mismo que ofrece el narrador de *Una y todas las guerras*,<sup>145</sup> si el lector de la columna semanal de Prieto no olvi-

<sup>142</sup> “La Razón”, Otras razones, *El incierto regreso*, 21 enero 2004.

<sup>143</sup> Ibid., *Despertar a tiempo*, 19 febrero 2003.

<sup>144</sup> Ibid., *Melanio y la democracia*, 17 noviembre 1998. Es el primer artículo donde aparece Melanio.

<sup>145</sup> Antonio Prieto, *Una y todas las guerras*, Barcelona, Seix Barral, 2003.

da diversos rasgos de la personalidad del griego, se puede concluir que este, y no otro, es quien va a describir la historia bélica de la humanidad arropada por los mitos helénicos que aportan su contrapunto cultural ante la barbarie de la sangre. Esta novela es el resultado de profundas reflexiones y de un alto conocimiento de la Historia pero, sobre todo, es la descripción de la tristeza ante la irracionalidad de un ser que repite generación tras generación las mismas estupideces materialistas sin aprender de los errores cometidos. El punto final (posiblemente, el origen de la novela) es el atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York en septiembre de 2001. Y en algunas frases sueltas de las columnas provocadas por el brutal asesinato masivo podemos encontrar datos que apoyan nuestra propuesta: “*Y hete aquí, toda la actualidad tiene pasado, que esta mañana se me presenta Melanio, el que vivió una y todas las guerras desde Troya, con un reciente libro cuyas páginas reeditan las Anotaciones a la poesía de Garcilaso de Fernando de Herrera*”.<sup>146</sup> Por haber vivido todas las guerras desde la más antigua Hélade, Melanio establece un diálogo con la amada, Carla, en el que irá analizando los motivos que el hombre ha esgrimido a lo largo de los siglos para alzar la mano asesina contra su prójimo.

Este episodio negro de la civilización actual ha sido tratado desde diversas perspectivas por el columnista, pero con la mirada intelectual puesta en un desarrollo posterior más reflexivo del problema. En un artículo nos aclara que nadie saldrá beneficiado en una, aún, previsible guerra contra Afganistán (esta pieza está escrita sólo quince días después del atentado): “*Confundir Afganistán con Osama Ben Laden es confundir una nación con el terrorismo y despertar un odio de culturas. Nadie ganará la guerra si se produce. Con la particularidad de que el harapiento afgano masacrado despertará la humana simpatía, al igual que nos dolemos por los sepultados bajo las dos torres caídas*”.<sup>147</sup>

Podemos aventurar, con el riesgo que ello conlleva, que aunque Melanio hubiese estado en el sentir y en la mente de Prieto mucho tiempo antes,<sup>148</sup> es a partir de 1998 cuando sale a la luz y toma cuerpo para el público lector a través de las columnas de “La Razón”, y he aquí una novedad interesante en el estudio de la capacidad creadora de Antonio Prieto. En este caso ha seguido el camino inverso al utilizado con don Diego Hurtado de Mendoza, esto es, haber partido de un personaje que, amén de ser real e

---

<sup>146</sup> “La Razón”, Otras razones, *Saludo a las Anotaciones de Herrera*, 10 octubre 2001.

<sup>147</sup> “La Razón”, Otras razones, *¿Quién ganará la guerra?*, 26 septiembre 2001.

<sup>148</sup> “*Poco antes, yo había regresado a la universidad Complutense después de cumplir mi tiempo docente en la universidad italiana de Pisa en donde había conocido el movimiento poético de los novissimi y más especialmente a mi amigo Melanio, inquieto corredor por la avenida de los siglos desde su nacimiento en la democracia griega de Solón*”. “La Razón”, Otras razones, *Con Luis Alberto de Cuenca*, 24 marzo 1999.

histórico, ha sufrido un proceso de ficcionalización y a continuación se ha sacado de las páginas de la novela y se ha actualizado, ha salido a la calle (mediante el eficaz recurso de la fusión mítica), en la prensa diaria. Por contra, con Melanio se ha transitado el mismo camino pero en sentido inverso; una criatura concebida, a nuestro modo de ver, para el artículo de prensa, da un salto cualitativo y se incorpora, de momento, en 2003 a una de las grandes obras de Prieto, *Una y todas las guerras*, aunque sea en el modo del narrador anónimo y acrónico.

Así se nos presenta este supuesto autor del que sabremos poco más que lo que nos cuenta su amada intemporal, Carla, a lo largo del relato: “*Todo comenzó, llamado por la memoria, en la capital de una de las islas, Esciros, que ciñe con su azul el mar Egeo. Sin embargo, admito que todo podría haberse iniciado en cualquier otro espacio: allá donde un ser humano recibe el aviso de que su tiempo está gastado y que sólo le cabe habitar lo ya ido para andar en el presente que le resta*”.<sup>149</sup>

Sobre las curiosidades que ofrece el proceso de la creación, nos bastará un ejemplo: unas frases que aparecen en junio de 2001, se repiten casi literalmente en las primeras páginas de un libro aparentemente provocado por el atentado de las Torres Gemelas que ocurriría tres meses después. Podemos sospechar que el boceto de este libro estaba ya en la mente de Prieto, pero es curioso cómo un texto columnístico se recoja casi íntegro en una novela. Es, como hemos dicho anteriormente, un proceso inverso al habitual en donde la importancia del texto está en la novela y posteriormente se recoge, fragmentariamente, en un artículo periodístico.

Vemos así lo que puede parecer una anécdota pero resulta revelador de la coherencia textual de un gran escritor: “*El caso es que, contaminado por Melanio, no sabría decir cuánto duró nuestro vuelo desde Atenas a la isla de Esciros. Pero estábamos en la vieja isla que ciñe con su azar el mar Egeo y cuyas casas blancas y tejados planos la asemejan a las levantadas en las Cícladas*”.<sup>150</sup> Y en el inicio de *Una y todas las guerras* leemos lo siguiente: “*A pocos kilómetros del aeropuerto se hallaba la capital, Esciros, con sus casas blancas y tejados planos, al igual que las habitadas en las Cícladas y que gustan arracimarse sobre un montículo rocoso*”.<sup>151</sup>

Otro ejemplo que nos hace pensar que cuando fue escrito este artículo ya estaba incubándose la gran novela que vería la luz dos años más tarde es el siguiente: “*Aún en la noche de Esciros, pensábamos Melanio y yo si habría sido un sueño la voz de Tetis, que nos aislaba en su silencio del Fatum colectivo que una y otra vez*

<sup>149</sup> *Una y todas las guerras*, op. cit., Pág. 10.

<sup>150</sup> “La Razón”, Otras razones, *Un sueño (?) en Esciros*, 20 junio 2001.

<sup>151</sup> *Una y todas las guerras*, op. cit., Pág. 10.

*organizaba las guerras de la condición humana* <sup>152</sup>. Y en la novela aparece el siguiente texto que expresa la resignación de un destino fundamentalmente bélico en el corazón del hombre. Dice Tetis: *“Sé que una vez se defendió la necesidad de destruir Troya como algo mandado por la voluntad de Zeus, ya que la Tierra estaba agobiada por el peso humano y era conveniente aligerarla para que no se hundiese en el profundo océano. La necesidad de exterminar a muchos humanos para que unos escogidos sobrevivan mejor es algo que alimentará la proclamación de muchas guerras”*.<sup>153</sup>

Es fácil deducir cómo el estado de ánimo de un escritor queda trascendido en sus textos otorgándoles a estos la dosis de verdad y esencialidad humana que una ficción necesita para ser creída por el lector. No parece descabellado pensar que cuando escribió esta novela y después de una temporada golpeado por la enfermedad y sus complicaciones, se muestre un tono de desánimo a lo largo de sus páginas y un cierto poso depresivo que parece querer anunciar una despedida. Sin embargo, afronta con cierto humor el columnista las secuelas de un achaque coronario incluyendo a Melanio, como *alter ego* indivisible, en las prescripciones facultativas: *“Con todo, éramos ya caminantes de una eufemística tercera edad tocada por la desmemoria, y que Melanio disimulaba excelentemente recordando sus ayudas a Solón para fundamentar la democracia griega. Pero aunque un bien conducido catéter le hubiera dado fluidez a mis arterias, andábamos ya sin tabaco, sin café, con escasa sal y otras privaciones. A cambio teníamos la obligación de caminar cotidianamente unos 2 ó 3 kilómetros, cosa que nos aburría bastante por mucho que evocáramos el peripato aristotélico y el paseo porticado donde se enseñaba paseando”*.<sup>154</sup>

En otra ocasión se manifiesta ese desánimo personal del autor expresado a través de su magnífica prosa invocando, una vez más, el poder atemporal de la palabra y el tesoro inmaterial de la memoria para salirse del mundo que acotan los relojes y la realidad cotidiana: *“En ocasiones, como en esta mi noche ateniense acompañada de soledad, tengo la tentación de cerrarle las puertas de la recepción a la memoria y dejarme morir de silencio. Pero hay siempre, en toda vejez, una búsqueda de juventud para intentar sostenerse, para incluso soñar la posibilidad de haber escogido otra vida”*.<sup>155</sup> No olvidemos que, como ya tratamos al principio de este análisis, algunas apariciones de Melanio en estas columnas rondan en torno a la tristeza del griego, incluso en el enunciado de las

<sup>152</sup> “La Razón”, Otras razones, *Un sueño (?) en Esciros*, 20 junio 2001.

<sup>153</sup> *Una y todas las guerras*, op. cit., Pág. 21.

<sup>154</sup> “La Razón”, Otras razones, *Del diálogo epistolar*, 5 febrero 2003

<sup>155</sup> *Una y todas las guerras*, op. cit., Pág. 42.

mismas <sup>156</sup> algo coherente con la realidad, expresa, como inevitable, el desánimo de Prieto en los años 2000 al 2004 por sus problemas de salud que se acumulaban sin dejar de molestar e interferir la normalidad de una vida dedicada al estudio y a la escritura.

Cambiamos ahora de novela, de año y de tono y abordamos un acercamiento a la figura de Horacio por parte de Prieto en donde pone toda su técnica narrativa al servicio de un argumento que más podría parecer, si conocemos un poco su trayectoria vital y creativa, de un puro sentimiento, por lo que tiene de intento de llevar al límite el recurso de la fusión mítica desdoblándose él mismo en diversos personajes que pueblan la historia. Aunque vamos a centrarnos en la presencia de Melanio en *La sombra de Horacio*,<sup>157</sup> no se constriñe a este personaje de la antigua Grecia el continuo travestirse del autor en diversas figuras que aparecen en esta novela, tal y como muy certeramente señala en su *Carta al Autor*, la profesora Francisca Moya del Baño: “*No lo haces con extraños silogismos ni formulaciones abstrusas, no; sencillamente has mostrado con toda eficacia cómo, por ejemplo, se puede pasear por el Esquilino en el llamado año 39 a.C. y ofrecer una lección magistral en la Complutense en los últimos años del llamado siglo XX, y cómo puede haber una tertulia en Argüelles y casi a la vez una conversación de amigos romanos en Atenas, o cómo no es imposible ser a la vez discípulo del griego Melanio y catedrático de latín que explica a Horacio ante unos jóvenes muchachos de la joven democracia española*”.<sup>158</sup>

Tenemos, pues, un personaje cuyo origen se debe a la asidua creación semanal para la prensa diaria, pero que, una vez que ya ha ocupado su sitio sobre todo en el afecto del autor, se erige en figura novelesca interviniendo en la trama y aprovechando para terminar de componer su carácter y sintiendo que se puede llegar a mover de modo autónomo. Esta es una ocasión única para contemplar el proceso creativo de un personaje literario, puesto que lo hemos visto nacer con el impulso de una columna periodística, y ha ido tomando cuerpo y esencia a lo largo de algunos años hasta llegar a incorporarse en una novela como un personaje secundario pero no irrelevante. A continuación vamos a poder adentrarnos un poco más en la psicología de esta figura por su actuación en la trama y la relación que puede establecerse entre Melanio y algunos de los protagonistas de esta narración.

Incluso podemos anotar unas líneas donde se habla del origen periodístico de este griego tan especial. El narrador, aturdido por la inesperada noticia de la extra-

---

<sup>156</sup> *El desaliento de Melanio* (22-3-2000), *Los ojos tristes de Melanio* (16-1-2002), y *Melanio está triste* (12-6-2002) en “La Razón”, Otras razones.

<sup>157</sup> Antonio Prieto, *La sombra de Horacio*, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 2009.

<sup>158</sup> Francisca Moya del Baño, *Carta al Autor*, en *La sombra de Horacio*, op. cit., Pág.11.

ña muerte de Horacio, busca a sus dos *alter ego* preguntándoles a sus alumnos de la facultad: “Naturalmente nadie, empezando por mí, había leído algo del ágrafo Paulo Valerio Máximo, el que había sembrado en mí las dudas sobre la muerte de Horacio el 27 de noviembre y me inclinó a pensar que tal vez hubiera sido asesinado. --A Melanio--añadí--sí lo habrán visto ustedes por aquí. Incluso habrán leído algún artículo suyo en la prensa”.<sup>159</sup>

Si en su aparición en prensa pudimos comprobar hasta qué punto Melanio era un vivo y eficaz desdoblamiento del propio Prieto, en *La sombra de Horacio* se reafirma continuamente esa absoluta identificación, a pesar de alguna duda puramente literaria: “Digo que estaba enervado por la gracia de inventar, con lo que tardé en entender la presencia de Melanio, que más me parecía en aquella ocasión la sombra deslucida de un alguien cuya intimidad se perdía en la nombrada ficción. No obstante, escuché claramente su voz, o quizás fuera la mía, preguntando si Horacio había muerto por sí o por mediación de otro”.<sup>160</sup>

Como curiosidad, existe otro *alter ego* que aparece ligeramente en un artículo de 2003 y que, casualmente, también se transformará en personaje novelesco en una obra de 2006; hablamos del profesor Lino Martín, cuyo propio nombre es trasunto de nuestro autor, quien se llama exactamente, Antonio María LinoPrieto Martín: “Así descubrí inesperadamente a Antonio María Lino, a quien, como a mí, desfiguraban más los años transcurridos que la mascarilla. No me había encontrado con él desde nuestros inicios universitarios...Entonces comprendimos que era igual quién de los dos había ejercido la medicina en Granada, quién había extendido su palabra por la Complutense o quién había sido escondido personaje de su propia escritura. Daba igual...De modo que al despedirme de él, para regresar a Madrid, tuve la sensación de que me despedía de mí mismo y aún dudo cuál de ambos escribió este artículo”.<sup>161</sup>

Aparece, pues como importante personaje en *Invencción para una duda*, radicando al profesor Lino Martín en Águilas, ciudad natal de Prieto, y siempre bajo la estimable sombra de Petrarca: “--Eso de Petrarca y su Itinerarium no lo sé por mí. Se lo he leído a un buen amigo, catedrático en la universidad, con el que me veo frecuentemente y que me gustará presentarle. Se llama Lino Martín y tal vez lo conozca; es de Águilas, en Murcia”.<sup>162</sup>

Tampoco el Prieto profesor se esconde en esta novela sobre Horacio y reconoce hasta qué punto es deudor del espíritu de Melanio y cuánto le ayudó en su labor

<sup>159</sup> Op. cit., Págs. 49- 50.

<sup>160</sup> Ibid., Pág. 137.

<sup>161</sup> “La Razón”, Otras razones, *Un otro yo*, 11 junio 2003.

<sup>162</sup> Antonio Prieto, *Invencción para una duda*, Barcelona, Seix Barral, 2006, Pág. 29.

pedagógica a lo largo de su carrera docente: “Tendré que admitir, ahora que la jubilación toca a mis puertas, que el recuerdo y la doctrina de Melanio me acompañó en muchísimas ocasiones en clase y me permitió vivir períodos romanos que me era imposible apoyar con eruditos documentos. Imagino que algún alumno pensaría que estaba inventando la realidad histórica cuando, precisamente, tan contrario era de aquellos que manipulaban los hechos”.<sup>163</sup>

Porque Melanio ejerce un papel transformador del tiempo real y puede, en un momento dado, cohabitar con el poeta de Venusia y llegar a influir en su concepción de la poesía: “Es indudable que el maldito tiempo horada nuestra memoria creándonos lagunas que ninguna perífrasis disimula. Estuve esforzándome en recordar si Melanio estuvo en Nápoles con Horacio, en cuyo caso recabaría su ayuda ya que el griego experto en amores fue en su juventud. Por cierto que tengo para mí que el recitado de Mimnermo debido a Melanio podría haber animado a Horacio en la insistencia de temas como la brevedad de la vida o la decrepita vejez”.<sup>164</sup>

Es importante el significado del personaje como elemento que rompe las barreras temporales en busca de la siempre anhelada fusión mítica que Prieto persigue en toda su obra<sup>165</sup>: “En esa duda me mantenía en algún anochecer y me alegraba encontrar al buen Melanio, llevándome de un lugar a otro con su continua transgresión del tiempo. Me llevaba, por ejemplo, a la antigua Jonia, de donde era natural su madre, y me recitaba fragmentos del arcaico Mimnermo enamorado de una joven a la que llamaba Nanno, que transformaba en centro de su lírica personal”.<sup>166</sup>

Finalmente, hemos de anotar una vez más el mito como mágico generador de intemporalidad, como podemos comprobar en la extensa narrativa pretiana por medio de su recurso denominado fusión mítica: “Por detrás, me pareció escuchar la vieja voz de mi amigo Melanio que me indicaba cómo el mito le ofreció al ser humano la creencia de pertenecer a una continuidad sin fin y cómo fueron los dioses míticos quienes enseñaron al hombre vivir sobre la tierra”.<sup>167</sup>

<sup>163</sup> Ibid., Pág. 36.

<sup>164</sup> Ibid., Pág. 48.

<sup>165</sup> “Y anotamos aquí la necesidad de mirar a Petrarca una vez más, y buscar en su diálogo con Augustinus, en el *Secretum*, el espejo en donde se ha mirado Prieto para dar vida al griego Melanio, apoyándose en el uso renacentista del diálogo para reflejarse un autor en dos caras de una misma moneda y mantener su unicidad esencial.” (Introducción al *Cancionero* de Petrarca, op. cit., Págs. XXIX y siguientes).

<sup>166</sup> Ibid., Pág. 73.

<sup>167</sup> Ibid., Pág. 135.



En definitiva, podemos afirmar que este griego especial es fundamental en la génesis de esta magnífica novela y así lo reconoce el narrador en sus primeras páginas: “Diré, antes de olvidarlo, que fue en esta época, exactamente en los idus de septiembre, cuando Horacio y yo conocimos a Melanio, un extraño griego, platónico amigo de la ficción y tan capaz de inventar la realidad de Horacio y mía que sin él quizás no existieran estas páginas”.<sup>168</sup>

Incluso alude a las sombras para señalar cómo el griego está siempre junto a él y le sirve de conversador virtual y consejero privado: “Ahora, próxima mi jubilación a los setenta años, nada recuerdo que camine desatado de mi pasado o bien que no busque trasladarlo voluntariamente a él para mejor asegurarlo. Incluso creo que el bueno de Melanio me acompaña, como otra sombra, por las calles de la ciudad y penetra conmigo en el aula para protegerme de inopias o recordarme con la oda recién citada que el propio Horacio era proclive a sentir la melancolía cuando pensaba en la muerte”.<sup>169</sup>

Ya nos parece atisbar un germen de este libro, *La sombra de Horacio*, en un artículo de 2004, puesto que se nos presenta el ámbito en el que se va a desarrollar esta narración: “Ahora, en el 2004, camino de tantas elecciones políticas, me pregunto quién se acuerda de Roma, de los escritores que formaban la historia. Me pregunto si los escribas que tanto significaron en el Egipto áulico para que un presente llegara al futuro tendrían cabida hoy ante medios como la televisión, fijados en la consumición de un presente y sus resultados inmediatos. Me pregunto si la credibilidad de los actuales políticos admitiría el testimonio poético de un Virgilio o un Homero o algo más triste: que si a alguno de ellos le interesaría anteponer el riesgo de ser materia literaria antes que pragmático perseguidor de votos para gobernar el caduco presente”.

Esta es, brevemente, la trayectoria y evolución de una criatura literaria desde las hojas de un periódico hasta las páginas de una novela para lectores cultos (en palabras de Ángel Basanta). Y cerramos con este peculiar proceso creativo el acercamiento a una parte importante de la escritura periodística de Antonio Prieto, en especial en lo referido a la construcción de personajes, algo que supone la razón principal de su novela, *Oficio de personaje*, en donde el protagonista, Protasio, expresa la razón de su existencia como un anhelo de permanecer por la palabra más allá de una cronología que se ahogue en la injusticia del olvido: “--Pero yo no quiero hacer magia -- aclaró Protasio -- únicamente pretendo transformarme en un personaje que permanezca a salvo del olvido”.<sup>170</sup>

---

<sup>168</sup> Ibid., Pág. 34.

<sup>169</sup> Ibid., Pág. 38.

<sup>170</sup> Op. cit., Pág. 27.

Si tuviésemos que reducir a una idea todo lo expuesto hasta aquí y justificado con los propios textos del autor y de la crítica, incidiríamos una vez más en el carácter de auténtico humanista del siglo XX que es nuestro autor. Es por esto por lo que hablamos en el título de un humanista *après la lettre* en la prensa diaria, porque no suele darse tan vasta cultura y tan honda pedagogía en un medio tan poco propicio como una columna semanal. Pero quizá otro mérito que, por añadidura, se le pueda incorporar a estas colaboraciones es, precisamente, el de un escritor, suficientemente reconocido en los medios intelectuales, que apuesta por divulgar toda la riqueza de su saber literario aun a riesgo de no ser totalmente comprendido. Y lo cierto es que consiguió su objetivo, puesto que una columna semanal sólo es mantenida por la dirección de un periódico si para la misma se puede medir un cierto número de lectores fieles; en caso contrario, por razones meramente económicas, se sustituye sin miramientos. Por tanto, podemos estar seguros de que estas colaboraciones de Prieto eran seguidas con deleite y fidelidad por un gran número de lectores de “La Razón” durante los casi seis años en que se estuvieron publicando semanalmente (como también en “Diario 16” en su época).

Respecto al carácter claramente humanista de algunos artículos, en lo que entendemos como tales, esto es, aquellos en los que el aparato crítico y la carga erudita apoyan y justifican la idea a expresarse en el texto de un modo concluyente y que además corroboran la auténtica autoridad de Prieto en este aspecto, vamos a hacer una brevísima cata en algunas de las múltiples columnas que han aparecido durante todo el período analizado, aunque sería objeto de otro artículo específico *per se*.

A menudo acude el autor a las referencias tocantes a la salud de Andrés Laguna, rescatando en algún caso, jugosos consejos: “*Recuerden que el famoso médico Andrés Laguna aconseja en su Dioscórides que a los tísicos se les busque alguna mujer hermosa, moza, blanca, limpia, sana, regocijada y graciosa que les meta el pezón en la boca, y así con su dulce conversación como con su leche sabrosa los restaurará*”<sup>171</sup>.

O a propósito de las meretrices, se nos informa de un informe redactado por Ferrante Pallavicino, *La retorica delle puttane*: “*En este punto, algo socarrón, mi amigo Melanio me preguntó si la Retorica delle puttane había tenido mucho éxito social en la clientela. La verdad es que yo no estaba entonces en aquella Venecia, y lo único que puede señalarse es que algo influirían las retóricas cuando en vez de llamarse la Veneno, o la Queca, aquellas cortigiane adoptaron nombrarse clá-*

---

<sup>171</sup> “Diario 16”, *La rebelión gris*, 30 agosto 1989.

*sicamente Diana, Antea, Tullia, Camilla, Cornelia...y escribieron notables cartas, con citas latinas, recogidas en las Lettere di cortigiane dil Rinascimento”.*<sup>172</sup>

Sin perder ese punto pícaro que a menudo se añade a sus artículos anotamos también cómo a través de su actividad universitaria goza de buenas compañías: *“Formaba yo parte de la comisión (antiguo tribunal) que designaría nuevo catedrático de Lengua Española (sincrónica) de aquella Universidad, y durante unos días, junto a entrañables colegas, estuve gozando de una salud universitaria más cercana al Brocense que a los decretos actuales. Me predisponía a tal salud mi alojamiento en el famoso colegio que fundara Alonso de Fonseca, el gran renacentista que se carteó con Erasmo, alcanzó arzobispado y tuvo notable descendencia con doña Juana de Pimentel, que a los hombres de nuestro siglo XVI no les gustaba la inactividad”.*<sup>173</sup>

Y hablando de la importancia de la mujer en la historia de la cultura, Prieto recurre a Luisa Sigea como ejemplo de valía: *“Pero más en la prehistoria, y para orgullo feminista, cabe recordar la simpatía humanista con que en nuestro espléndido siglo XVI se acogía a la toledana Luisa Sigea, quam propter litteras Latinas, Graecas et Hebraicas, según García Matamoros; capaz de asombrar epistolarmen- te a Paulo III y de arrancar el máximo elogio del Arcediano del Alcor en su Silva Palentina por ser muy docta en filosofía y oratoria y poesía, y principalmente en las lenguas latina, griega, hebrea y caldea”.*<sup>174</sup>

Y a propósito de las lenguas, una vez más comprobamos cómo el escritor aguleño gusta de transformarse, como dijimos arriba, de persona en personaje, tal y como se muestra en este recuerdo de Juan Luis Vives: *“¿Con qué tiempo comenzaré este juego de la escritura? Era apenas ayer, con el invierno calzando despedidas, cuando explicaba en clase con Juan Luis Vives, con su De ratione dicendi, que el lenguaje (sermo) era expresión del alma entera e instrumento de la convivencia humana. Era yo así aquel tiempo en el que Vives existió en su escritura y habitaba nuevamente aquel espacio universitario de Lovaina en el que unos jóvenes del siglo XVI quedaron sorprendidos ante mi Vigilia del ciceroniano Somnium Scipionis”.*<sup>175</sup>

Los que tuvieron la suerte de ser alumnos del profesor Prieto rememoran con emoción cómo era capaz, en sus lecciones, de traer a la actualidad y hacerlos vivir hasta palpar su presencia a los más ilustres miembros del Parnaso de las letras, y de un modo tan natural que su presencia quedaba sellada por siempre

<sup>172</sup> “La Razón”, Otras razones, *Al aire de una tesis*, 10 marzo 1999,

<sup>173</sup> Ibid., *La conversión*, 20 septiembre 1989.

<sup>174</sup> “La Razón”, Otras razones, *Cuestión de sexos*, 2 octubre 2002.

<sup>175</sup> “Diario 16”, *El tiempo de la palabra*, 23 mayo 1990.

en el recuerdo de su atenta audiencia. Así expresa el viejo profesor, ya puesto el pie en estribo de su tiempo de júbilo un último deseo como docente: “*Melanio sabía que, en medio de tantos otros fracasos, quizás mi única y gran alegría universitaria que me resta es encontrarme, no importa el día, con cualquier alumno con el que renacerme en los intentos míos de acercarlos alguna voz del perdido humanismo que necesitamos*”.<sup>176</sup>

Es, en efecto, una de las múltiples caras que ofrece su magnífico recurso de la fusión mítica, pues no sólo afectaría a los personajes de sus novelas sino que también sería utilizado para una labor pedagógica que, por supuesto, ha sido ampliamente reconocida dentro y fuera de nuestras fronteras. Esto es, en definitiva, ser un humanista, recobrar el pasado y actualizarlo para extraer toda la inmensa riqueza que atesora la antigüedad clásica y su recuperación renacentista.

También es ilustrativo de este permanente afán de mantener viva la llama del humanismo en la sociedad actual el comentario que realiza a propósito de la publicación de un libro, *Manifiestos del humanismo*, publicado en el año 2000 por María Morrás, que rinde tributo agradecido al profesor Prieto: “*Es importante esta exposición desde Petrarca, partiendo de su familiaridad con los latinos para crear la modernidad de su humanismo, al León Battista Alberti que buscó el equilibrio entre humanae litterae y vida cotidiana, redactando en vulgar sus libros De familia para, al igual que fray Luis de León, llegar a muchos lectores, tal como expone en el prohemio de su libro III. Porque era importante que la predicación humanista, tan afanada en la gloria, saliera de sus claustros intelectuales para animar la más común vida*”.<sup>177</sup>

Retengamos esta última idea expresada por el escritor puesto que resume el sentir que ha movido la escritura de estas colaboraciones periodísticas: salir de los claustros intelectuales, de las universidades y los libros cargados de erudición y llegar al asfalto, al lector de la calle, al individuo común. Es lo que, a su modo, hiciera Petrarca al traer a los clásicos a su siglo y dialogar con ellos, esto es, democratizar la cultura, hacer accesible a la gente llana los grandes saberes del mundo grecolatino, esa caja de Pandora de la que nos nutrimos todavía hoy. En otro artículo se queja el autor de cómo el abandono de las humanidades en las enseñanzas obligatorias nos aboca a un declive cultural de incalculables consecuencias futuras: “*Me parece obvio que si alguien pretendiera la efímera fama no le escribiría epístolas a Homero, Virgilio u Horacio, como hizo Petrarca, sino que dirigiría sus cartas a la dama que en televisión nos cuenta los amantes que encabronó o al*

<sup>176</sup> “La Razón”, Otras razones, *Recobrar el camino*, 1 marzo 2000.

<sup>177</sup> Ibid, *Recobrar el camino*, 1 marzo 2000.

*egregio futbolista que con sus goles sutiles está haciendo historia. Tal vez sea que, con el desprecio de las humanidades, hemos perdido la fe en la tradición de la cultura, y creamos que lo antiguo no nos dice nada pragmático. Puede ser que el escritor haya perdido su fe en el tiempo venidero”.*<sup>178</sup>

Podemos concluir que este acercamiento del Humanismo a la prensa diaria a través de una columna semanal es, a nuestro modo de ver, otra forma nueva y diferente de utilizar el recurso, fundamentalmente humanístico, de la fusión mítica, puesto que a lo largo de casi quince años y casi quinientos artículos lo que ha hecho Prieto ha sido la aproximación de la cultura clásica al hombre de la calle, al individuo común y, como una pequeña descarga semanal, ha ido despertando mediante impulsos eléctricos, breves y controlados, el cerebro adormecido para la Cultura, con mayúsculas, de la mayoría de los lectores de prensa diaria. Lo que tiene de rompedor y original ha podido suponer una sorpresa, pero a lo largo de sus columnas quien haya seguido su lectura, sin percatarse de ello, ha entrado en otra dimensión a la que no habría tenido acceso en un periódico sino hubiese mediado la colaboración de nuestro querido autor. Sería lo que nos dice a propósito de la doctrina de Evemero: “*El evemerismo alcanzaba su importancia porque en ese sentir a los héroes de flaca carne humana animaba el acercamiento a ellos, a una fusión mítica en la que más o menos veladamente expresarnos con la esperanza de la eternidad*”.<sup>179</sup>

---

<sup>178</sup> Ibid., *El escritor en el tiempo*, 11 octubre 2000.

<sup>179</sup> Ibid., *La vivencia del mito*, 14 julio 1999.